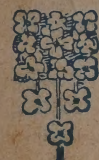
TEATRO CLÁSICO

BIBLIOTECA
ECONÓMICA
DE AUTORES FAMOSOS




SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

BARRO PECADOR

COMEDIA
TRES ACTOS

CAPITAL: $ 0.20
INTERIOR: $ 0.25

N.º 167



SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

ÁLVAREZ QUINTERO, JOAQUÍN
and
SERAFÍN
(2 persons)

BARRO PECADOR

COMEDIA

TRES ACTOS



BUENOS AIRES

1928

A FRANCISCO DE LAS BARRAS DE ARAGON

fraternal camarada de nuestro hermano Pedro, y amigo invariable, en prenda de cordial estimación y en recuerdo de me- mejores días,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

PERSONAJES

Amada
Roquita
Doña Camino
Enriqueta
Isidra
Segunda
Una Monja
Otra
Laurencio
Tulio
El Pollo Lallave
Molina
Onofre
Un Fraile
Pascualín

BARRO PECADOR

ACTO PRIMERO

Vestíbulo que hace a la vez de sala, en el hotel de Amada y Laurencio, en Madrid. Dos puertas: una, a la derecha del actor, comunica con el jardín; otra, a la izquierda, con las habitaciones del hotel. Al fondo, la escalera. Bajo ella, una gran ventana abierta al jardín. Muebles elegantes y ricos. Es por la mañana, en abril.

Laurencio baja apresuradamente la escalera. Trae Sombrero, bastón y guantes, que deja luego. Aunque pasa de la edad de Cristo, conserva los arrestos y desenfado de la mocedad. A poco sale por la puerta de la izquierda Molina, su criado, de la mejor cepa andaluza, vestido con traje negro y de americana, y entre los dos se entabla el siguiente diálogo:

LAURENCIO.—Molina.

MOLINA.—Mi amo.

LAURENCIO.—Dile a Onofre que prevenga en la portería que espero al señor Benjamí.

MOLINA.—Ya se lo he dicho.

LAURENCIO.—¿Que se lo has dicho ya?

MOLINA.—Sí, señó. ¿No es ése er señorito que lo saludó a usté ayer tarde en la Casteyana de coche a coche?

LAURENCIO.—Justamente. Pero, ¿por dónde sabes tú que va a venir ahora?

MOLINA.—Porque se lo dijo usté anoche en la mesa a don Paco Layave.

LAURENCIO.—¡Es verdad!

MOLINA.—A quien, por sierto, le hise anoche mismo un favó... ¡de amigo!

LAURENCIO.—¿Sí, eh?

MOLINA.—Sí, señó. Lo enteré de que anda otra vez por Madrí esa vieja loca que lo perseguía hase dos años.

LAURENCIO.—¿La *Francesca?*

MOLINA.—La *Franchesca,* sí.

LAURENCIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Un siglo frente a otro! ¡Pues sí que te lo agradecerá; porque antes quiere ver su fe de bautismo que verla a ella!

MOLINA.—Ni más ni menos.

LAURENCIO.—Otra cosa.

MOLINA.—Ya está.

LAURENCIO.—No está; no te pases de listo. ¿Qué voy a decirte?

MOLINA.—No me cambie er señorito la bebía: iba usté a desirme que hoy armorsamos en Garsía de Paredes.

LAURENCIO.—Exacto.

MOLINA.—¿Está usté viendo?

LAURENCIO.—¿También lo dije anoche?

MOLINA.—No, señó; pero yo me lo he carculao. Casi siempre que viene un amigo nuevo... armorsamos ayí. Y más si no está en casa la señora.

LAURENCIO.—A propósito de la señora.

MOLINA.—Ya está.

LAURENCIO.—¿También está?

MOLINA.—También. ¿Es esto? Que si por casualidá yega de su viaje, porque usté la aguarda ya de un momento a otro, aquí no habemos resibío *telégrama* ninguno anunsiando que yega.

LAURENCIO.—¡Asombroso, Molina! ¡Cómo me adivinas los pensamientos!

MOLINA.—Señorito, dos años yamándole a usté «mi

capitán», y sinco años luego, de casao, yevándole a usté la corriente, afinan la vista.

LAURENCIO.—¡Sobre todo los dos primeros!

MOLINA.—¡Los dos primeros son la yave!

Onofre, criado del hotel, vestido de librea, asoma por la puerta de la derecha.

ONOFRE.—Señor.

LAURENCIO.—¿Qué quieres?

ONOFRE.—Domingo, el portero, dice que está el señor Benjamí.

MOLINA.—Si antes lo mentamos...

LAURENCIO.—Calla tú ahora. (*A Onofre.*) Que pase y que no estoy para nadie más.

ONOFRE.—Bien, señor.

LAURENCIO.—Sea quien sea.

ONOFRE.—Bien, señor. (*Se retira.*)

MOLINA.—¿Me manda usté arguna otra cosa?

LAURENCIO.—¿Adivinas tú algo?

MOLINA.—Ar presente, no.

LAURENCIO.—¡Pues entonces vete tranquilo!

MOLINA.—(*Entre sí, echando escaleras arriba.*) ¡Más serrano es!...

Aparece Tulio por la puerta de la derecha. Es contemporáneo de Laurencio y compañero de promoción militar. En cuanto al carácter, es hombre menos transparente que él, como se irá viendo. Laurencio le abre los brazos, jubiloso.

LAURENCIO.—¡Enemigo!

TULIO.—¡Hola, sinvergüenza!

LAURENCIO.—¡Quién lo dice! ¡Déjame achucharte! ¡Ayer no pudimos abrazarnos!

TULIO.—¡Aprieta, hombre, aprieta!

LAURENCIO.—¿Qué me miras? ¿Estoy muy viejo?

TULIO.—¡No coquetees!

LAURENCIO.—Siéntate.

TULIO.—No me da la gana. ¡Bien vives, muchacho! ¡Bien vives!

LAURENCIO.—¡Oh! ¡Como un sultán! En eso no he cambiado: o vivir bien, o dejar este mundo mísero.

¿Y tú, cómo lo pasas? ¿Dónde te has metido? ¿De dónde sales?

TULIO.—Ahora vengo de Andalucía; pero vivo en París.

LAURENCIO.—¿Solo?

TULIO.—Con mis abuelos. Desde que perdí la carrera... allí estoy. Me violentaba seguir en España, la verdad, después de aquella escandalosa aventura.

LAURENCIO.—Me lo explico. Las faldas siempre enredándonos la vida.

TULIO.—¡Siempre! No hemos hablado nunca de esto, no hemos de hablar ahora tampoco. Agua pasada.. Fué aquél uno de esos cepos trágicos en que las circunstancias suelen meter a algunos hombres... En lugar de deshonrarla a ella, preferí deshonrarme yo. A otra cosa, a otra cosa.

LAURENCIO.—A otra cosa; pero la historia se contó en voz baja y en honor tuyo.

TULIO.—¡Bueno! ¡Qué me importa ya! ¿Y tú?

LAURENCIO.—Me retiré de capitán, como sabes.

TULIO.—Alguien me lo dijo.

LAURENCIO.—Chico, yo empuñé el chafarote por no contrariar a mi padre, que así creía tenerme más seguro; pero en la vida me gustó. Soy moro de paz; no siento la guerra mucho ni poco. A mí no me agrada matar más que el tiempo. ¡Y muy tranquilamente y a gusto! Me hirieron en África, donde vi desnuda toda la repugnante monstruosidad de la guerra; mi padre fué entonces el primero en dolerse de que yo fuera militar; mi mujer—mi novia a la sazón—¡no se diga!... y yo, que no necesitaba estímulos, ¡figúrate! Esperé una ocasión gallarda y oportuna, y me metí en mi casa. No conservo de aquellos días más que al asistente. Que algunas veces, cuando me enfado, todavía se cuadra y me dice: «¡Perdone usté, mi capitán».

TULIO.—¡Bien, hombre, bien! ¿Recuerdas cómo nos odiábamos en la Academia?

LAURENCIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué odio y qué afecto nos teníamos! ¡Mira que aquel desafío que acabó en una bacanal!

TULIO.—¡En que empeñamos todos nuestra palabra de que nadie había de pagar ni un céntimo!

LAURENCIO.—Y ¡qué bien la cumplimos!

TULIO.—¿Por qué fué nuestro lance?

LAURENCIO.—¿Se te ha olvidado, bellacón? ¡Porque me quitaste a la Manolita, aquel encanto de chavala que me envidiábais todos!

TULIO.—¡Ah, sí! ¡Es verdad! ¡Pero fué por capricho de ella! Se empeñó en emborracharse conmigo... ¡y yo soy muy débil con las mujeres! ¡No puedo remediarlo!

LAURENCIO.—Ya, ya. Descuida: no te guardo rencor.

TULIO.—¡Parece que no ha pasado el tiempo, según hablamos de estas cosas!... ¡Juventud, divino tesoro!... ¿Empezaremos ya a vivir de recuerdos, Laurencio?

LAURENCIO.—¿Qué dices, hombre? ¡Si estamos ahora en lo mejor del camino!

TULIO.—Tú, es posible; yo... no lo sé. Óyeme una cosa, y disculpa que haya incurrido en falta: hablaste de tu mujer, y no te he preguntado por ella.

LAURENCIO.—Ni yo te he dicho nada, porque ahora, casualmente, no está en Madrid.

TULIO.—¡Ah!

LAURENCIO.—Anda de viaje con una amiga.

TULIO.—¿No tienes hijos?

LAURENCIO.—No; por fortuna. Ella lo lamenta; pero yo me alegro. ¡Le he oído tantas veces a mi padre que los únicos disgustos serios de la vida son los de los hijos!...

TULIO.—¿Y ella los desea?

LAURENCIO.—Sí. Y como le faltan, suele procurarse alguna compañía familiar. Ahora vive con nosotros, y anda por ahí también con ella, una muchacha pobre y tonta, parienta suya por tres o cuatro lados.

TULIO.—¿Tonta, dices?

LAURENCIO.—¡La verdadera mata de habas! ¿Tú no sabes quién es mi mujer?

TULIO.—No.

LAURENCIO.—Pues es la hija mayor de aquel Barón de los Montieles que se hizo célebre en Madrid por sus extravagancias de hombre caprichoso y adinerado.

TULIO.—¡Sí, sí! ¡Ya! ¡Tenía una fortuna incalculable y una pinacoteca magnífica!

LAURENCIO.—El mismo.

TULIO.—Será una perla tu mujer.

LAURENCIO.—¿Una perla? ¡Un collar! La Providencia me ha dado a la vez un premio y un castigo. Bueno y agradable; pero castigo.

TULIO.—¿Y eso?

LAURENCIO.—Se conoce que se dijo Dios: «¿A éste le gustan las mujeres? ¡Pues le voy a regalar en una sola un centenar de ellas! ¡Para que se distraiga!»

TULIO.—¡Hombre!

LAURENCIO.—Sí; Amada no es una mujer, es verdad: son cien mujeres juntas. Porque no es ella: es la voluntad que tiene al lado; es el espíritu ajeno que le habla y que influye inmediatamente en el suyo. Cambia de ideas y de costumbres como cambia el viento. Es cera, es barro, que toma en seguida la forma que le quieren dar las manos en que cae.

TULIO.—Y ha caído en las tuyas.

LAURENCIO.—¡Si fuera en las mías nada más! ¿No te enteras? Es que lleva en su alma una tal mezcla de ingenuidad y de vehemencia, que no trata con intimidad a una persona de la que no tome en seguida el reflejo. Yo, cuando vuelvo a casa de la calle, sé quién ha estado aquí por el color que tienen sus palabras.

TULIO.—¡Curioso carácter! Vivirás encantado.

LAURENCIO.—¡Divertidísimo! ¡Con cien mujeres juntas!

TULIO.—Por lo cual, es claro, serás un marido modelo.

LAURENCIO.—Te diré...

TULIO.—¡Ah, canalla! ¿Todavía quieres más?

LAURENCIO.—Te diré... Una sola fuera de casa... nunca estorba.

TULIO.—¡Ah, canalla!

LAURENCIO.—Hoy vamos a almorzar, por cierto, con esa... con la que está de turno... Como me has

cogido soltero accidentalmente, hemos preparado un ágape en tu honor.

TULIO.—Chico, muchas gracias. ¿Es guapa la ninfa?

LAURENCIO.—Ya la verás.

TULIO.—Pues no olvides cómos las gasto... si ellas me dan pie.

LAURENCIO.—No, no te temo. No habrá que sentir. En los años que hace que no nos vemos, ha cambiado todo de luz. Si te gusta mucho, me esperas buenamente dos meses o tres... y yo mismo te la regalo.

TULIO.—¡Eso es ya ponerse en razón!

LAURENCIO.—¿Vámonos para allá?

TULIO.—Vámonos.

LAURENCIO.—Te llamará de seguro la atención la cantidad de lunares que tiene.

TULIO.—¿Un cielo estrellado?

LAURENCIO.—Por ahí.

TULIO.—¿Cuánto tiempo dices que te aguarde?...

Cuando van a marcharse, llega de nuevo Onofre.

ONOFRE.—Señor.

LAURENCIO.—¡No estoy para nadie!

ONOFRE.—Dispense el señor: es la señorita Roquita, se empeña en pasar.

LAURENCIO.—¡Ah, ésa sí! Que pase. Es de la familia.

ONOFRE.—Bien, señor. (*Se va.*)

LAURENCIO.—Nos detendremos un instante para que la conozcas.

TULIO.—¿Quién es ella?

LAURENCIO.—Una sobrinita de mi mujer.

TULIO.—¿Tiene lunares?

LAURENCIO.—No confundas. Se trata de otro género. El árbol genealógico de mi mujer es complicadísimo. Hay en él ramas de todas clases. Parientes de sangre azul y de sangre roja; parientes locos; parientes cuerdos; parientes ricos; parientes pobres... La duquesa de Nueva Ciudad, que es tía de ella, entra de improviso en una tienda a comprarse unos guantes y se encuentra con que se los despacha un sobrino suyo.

TULIO.—¿Y esta muchachita...?

LAURENCIO.—Esta muchachita es lo mejor de la casta. Yo la admiro. Se ha visto en el mundo a los dieciocho años con el día y la noche, una madre impedida, un padre borracho y siete hermanos menores que ella por quienes debe velar... ¡Y puede con todo! ¡Qué voluntad! ¡Qué brío!

TULIO.—¡Y es del mismo barro que tu mujer!

LAURENCIO.—¡Contrastes!

Por la puerta de la derecha sale en esto Roquita, encantadora joven, ejemplo de despejo y de actividad.

ROQUITA.—¡Hola, tío Laurencio!

LAURENCIO.—¡Hola, preciosidad!

ROQUITA.—Buenos días.

TULIO.—Buenos días.

ROQUITA.—Me decía el tonto de Domingo que no estabas. ¿Y la tía, no ha vuelto?

LAURENCIO.—Aun no.

ROQUITA.—Creí que llegaba hoy.

LAURENCIO.—Yo no sé nada. Te voy a presentar a este amigo.

ROQUITA.—Con mucho gusto.

LAURENCIO.—Tulio Benjamí, ex compañero de armas... pero de armas tomar, como yo.

TULIO.—Para servir a usted, señorita.

ROQUITA.—Celebro mucho conocerlo.

LAURENCIO.—No te hagas ilusiones: a éste no lo conoce nadie. Tiene más conchas que un galápago.

TULIO.—¡Qué bobadas dices!

LAURENCIO.—Vamos a ver, Tulio, ¿qué te figuras tú que es esta criatura?

TULIO.—¿Además de un pimpollo?

LAURENCIO.—Sí; además de un pimpollo. ¿Qué crees tú que es?

TULIO.—Lo que sea, será bueno.

LAURENCIO.—¡Pues es profesora de anormales!

TULIO.—¿De veras?

ROQUITA.—De veras, sí.

TULIO.—¡Qué paradoja! Lamento ahora tener inteligencia.

ROQUITA.—La advierto a usted que soy profesora de párvulos.

TULIO.—Entonces celebro tenerla.

LAURENCIO.—Sí; es chico despierto. Ahora, que ante unos ojos bonitos de mujer, se vuelve idiota.

TULIO.—En algo habíamos de parecernos él y yo.

ROQUITA.—Bueno; yo no he venido aquí a escuchar flores, sino a algo práctico.

LAURENCIO.—¡Natural! ¿Qué te ocurre?

ROQUITA.—¿Tú conoces a Suárez Carmona?

LAURENCIO.—¿El médico? Sí.

ROQUITA.—Pues pasado mañana examina de Anatomía a mi hermano Roberto. No te digo más.

LAURENCIO.—¿Quieres que le hable?

ROQUITA.—¡Quiero que lo apruebe!

LAURENCIO.—¿Va bien preparado?

ROQUITA.—¡Lo he preparado yo! Hace dos meses que no duerme. ¡Que no dormimos! Pero es muy tímido; muy corto de genio.

LAURENCIO.—¡Mala cosa!

ROQUITA.—Déjate de matices. Suárez Carmona aprobó la otra tarde a un paniaguado suyo que dijo en el examen que el corazón tiene sus raíces en el estómago. ¿Qué le parece a usted?

TULIO.—¡Que se dan casos!

ROQUITA.—Sin broma. ¿Vas a hacerlo?

LAURENCIO.—¿Cómo no, muchacha?

ROQUITA.—¿Cuándo?

LAURENCIO.—Mañana lo veré.

ROQUITA.—No; mañana, no. Le hablas esta tarde.

LAURENCIO.—Le hablaré esta tarde.

ROQUITA.—Y le vuelves a hablar mañana; y pasado mañana se los recuerdas otra vez.

LAURENCIO.—¡Entendido!

ROQUITA.—La cuestión es que el chico saque la asignatura.

LAURENCIO.—¡La sacará!

ROQUITA.—¡Ay de ti como me lo eche al agua! Otra cosa.

LAURENCIO.—Pide.

ROQUITA.—¿Tienes algún amigo en el Jurado de la Exposición de Pinturas?

LAURENCIO.—No cre... No es probable...

ROQUITA.—¿Estás seguro? Mira la lista.

LAURENCIO.—(*Leyéndola.*) No... no conozco...

ROQUITA.—¿Y usted?

TULIO.—A ver... ¿Este Colorado es el crítico de arte?

ROQUITA.—Sí, señor.

TULIO.—Pues somos muy amigos. Ha vivido conmigo en París.

ROQUITA.—¡Soberbio! Usted me salva. No quiero más sino que le den la medalla al cuadro de un hermano mío. (*A Laurencio.*) De Guillermín. Es el mejor cuadro del certamen. Sin pasión de hermana. Está llamando la atención: siempre hay gente mirándolo. Se titula «La siega en la Mancha». ¿Usted no lo ha visto?

TULIO.—Yo acabo de llegar de fuera.

ROQUITA.—Pues esté usted seguro de que recomienda una obra de arte. Dibujo, composición, colorido, idea... Pero como ahora no se hace justicia, sino que todo se debe al favor, a lo mejor premian un mamarracho y dejan por puertas a Guillermín.

TULIO.—Pues descuide usted, que yo se lo recomendaré a Colorado con todo empeño.

ROQUITA.—¿Cuándo?

TULIO.—Cuanto antes.

ROQUITA.—No, no; cuanto antes, no. ¿Cuándo?

TULIO.—Lo buscaré esta noche... mañana...

ROQUITA.—¿Quiere usted que vayamos juntos?

TULIO.—¡Por mí, encantado! ¿No tiene usted reparo en ir conmigo?

ROQUITA.—¿Lo tiene usted?

TULIO.—¿Yo? ¡Qué disparate!

ROQUITA.—Pues iremos juntos.

LAURENCIO.—Roquita no se asusta de nada. Ha ido ya dos veces sola a Nueva York.

ROQUITA.—Y he vuelto.

LAURENCIO.—Ha dormido sola en el último piso de un rascacielos.

TULIO.—Y el cielo, ¿qué hacía?

LAURENCIO.—Idiota, ¿no te dije?

ROQUITA.—Vamos a dejar eso. ¿Dónde para usted?

TULIO.—En el *Palace*.

ROQUITA.—Pues mañana a las diez me tiene usted en busca suya.

LAURENCIO.—¡A las diez, no, Roquita!

ROQUITA.—¿A las nueve?

LAURENCIO.—¡Dejalo, por lo menos, que duerma!

ROQUITA.—¡Si es que Colorado sale muy temprano de su casa y ya no vuelve hasta la noche!

TULIO.—Vaya usted por mí a la hora que quiera; yo la aguardo complacidísimo.

ROQUITA.—Muchísimas gracias. También en lo amable se parece usted a mi tío.

Molina y Segunda, doncellita de Amada, bajan precipitadamente la escalera y se van por la puerta del jardín.

MOLINA.—¡Señorito!

LAURENCIO.—¿Qué?

MOLINA.—¡Ahí está la señora!

LAURENCIO.—¿La señora?

SEGUNDA.—(*Muy sonriente.*) La señora, sí. Acaba de llegar ahora mismo.

LAURENCIO.—¡Pero hombre! ¡Qué sorpresa!

MOLINA.—¿Ha visto usté? (*Guiñándole.*) ¡Sin aviso ninguno!

ROQUITA.—(*Asomándose a la ventana.*) Viene con Isidra y con Enriqueta.

LAURENCIO.—Sí; se fueron juntas.

ROQUITA.—(*Gritándole.*) ¡Bien venida, tía! Voy a darle un beso antes que tú. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

TULIO.—(*Observando la cara de su amigo.*) ¿Qué? ¿Te contraría la llegada?

LAURENCIO.—No... Sólo por esto...

TULIO.—¿Por qué?

LAURENCIO.—Por eso tuyo... por lo preparado...

TULIO.—¿Quieres callar? ¡No seas criatura! Otro día cualquiera...

LAURENCIO.—Si es que hay varios amigos en el ajo... Habría que cursar órdenes... No vale la pena... Además, ¡el chasco de Conchilla!... Yo lo arreglaré.

TULIO.—Como quieras. Por mí...

LAURENCIO.—Yo lo arreglaré. Esta Enriqueta que ahora acompaña a Amanda es la persona que ahora le sorbe el seso. Casada también. Mujer inquieta, casquivana, muy caprichosa... Se empeñó en llevársela a Córdoba al casamiento de una hermana suya y a probar un coche, y se la llevó. Y por ahí han andado quince días.

TULIO.—Ya.

Óyese dentro la voz de Amada, que llama alegremente a su marido.

AMADA.—¡Laurencio! ¡Laurencio!

LAURENCIO.—(*Corriendo a su encuentro.*) ¡Amada!

Va a recibirla en la misma puerta. Tulio se aparta discretamente hacia la ventana.

AMADA.—(*Echándose en los brazos de su esposo.*) ¡Laurencio! ¡Ya me tienes aquí!

LAURENCIO.—¡Ya era hora!

De blanda cera o de barro pecador, es Amada una bella escultura, animada por las cambiantes llamas de su corazón y de su espíritu.

Con ella vienen su amiga Enriqueta y su parienta Isidra, de quienes ya se ha hablado. También vuelve Roquita.

ENRIQUETA.—¡Entérese usted bien: no se le ha roto nada! ¡Se la devuelvo a usted todavía más guapa que me la llevé! ¡Y más contenta! ¡Para que reniegue usted de mí y de mi coche!

LAURENCIO.—¡Enriqueta! ¿Yo? ¿Qué tal ha ido?

ENRIQUETA.—¡Ya nos ve usted las caras!

AMADA.—¡Ya nos ves las caras!

ROQUITA.—Sí: las caras no mienten.

ENRIQUETA.—Usted se lo perdió, por echárselas de hombre ocupadísimo.

LAURENCIO.—¿Y tú, Isidrilla?

ISIDRA.—Yo, bien, Laurencio.

LAURENCIO.—¿Os habéis divertido mucho?

ENRIQUETA.—¡Mucho, mucho! ¡Aunque le digan a usted otra cosa, mucho!

AMADA.—¿Y quién ha de decirle otra cosa, mujer?

ENRIQUETA.—¡Qué Granada! ¡Qué Córdoba! ¡Qué Málaga! A mí, si me pierdo, que me busquen en Málaga. No; en Córdoba. No; en Granada. Bueno, que me busquen...

LAURENCIO.—Que no la busquen a usted en su casa, ¿no es esto?

ENRIQUETA.—En mi casa no es posible perderse. No envenene usted el alfiler.

AMADA.—¡Ay, Granada! ¡Granada!... Lo que es Granada... (*Reparando de pronto en Tulio.*) ¿Eh?

LAURENCIO.—¡Ah, sí! Dispensa. Este camarada que estaba conmigo... Acércate, Tulio.

Amada, Enriqueta e Isidra cruzan miradas entre sí, que equivalen a la misma pregunta.

TULIO.—Señoras...

LAURENCIO.—(*Presentándolo.*) Mi mujer... La señora de Bustillo... Isidra, esa parientita que vive con nosotros de temporada... Mi amigo Tulio Benjamí.

TULIO.—A los pies de ustedes. (*Ellas le inclinan la cabeza y hay un silencio.*) Siento haber turbado con mi presencia esta escena de intimidad...

AMADA.—No, no, señor... ¡Por Dios! (*A Laurencio.*) Y ¿qué me ha dicho Molina, Laurencio; que no has recibido mi telegrama?

LAURENCIO.—Como lo oyes.

ENRIQUETA.—No me sorprende. Aquel recadero del hotel era un marmolillo. Y dejo a ustedes, que mi marido estará en oración.

LAURENCIO.—Agradeciéndole a Dios una vez más la señora que le ha tocado en suerte.

ENRIQUETA.—Eso, eso; por más que usted se burle. Ya sé yo que usted no me traga.

LAURENCIO.—Amada no me dejaría.

AMADA.—¡Qué bobos son los dos!

ROQUITA.—¿Hacia dónde va usted, Enriqueta?

ENRIQUETA.—A mi casa.

ROQUITA.—¡Ah! Pues me voy en el coche con usted y me deja en mi escuela, de paso.

ENRIQUETA.—Para mí es un plato de gusto.

ROQUITA.—Adiós, tía.

AMADA.—Adiós, nena.

ROQUITA.—Adiós, Isidrilla.

ISIDRA.—Adiós, tesoro.

ROQUITA.—(*A Tulio.*) Hasta mañana, ¿eh?

TULIO.—Hasta mañana.

ENRIQUETA.—(*Besando ardientemente a Amada y a Isidra.*) Adiós, pichona. Adiós, pichona. (*A Tulio.*) Caballero...

TULIO.—Señora...

ENRIQUETA.—Oye, pichona: vengo esta noche por ti para ir al teatro?

AMADA.—¿Esta noche?

ENRIQUETA.—¿Quieres descansar? Bueno, yo vengo de todas maneras. Que estás de humor: vamos al teatro; que no estás de humor: nos quedamos de charla. Adiós, pichona.

AMADA.—Adiós. Mis recuerdos a tu marido. Y mi enhorabuena por el coche.

ENRIQUETA.—¡Oh, el coche, el coche!... Ya verá usted, Laurencio. Adiós, pichona. No se moleste usted, Laurencio.

LAURENCIO.—¿Cómo no? Este *pichón* la acompaña a usted hasta la verja.

Risas. Enriqueta, Roquita y Laurencio se marchan. Amada siente una íntima inquietud ante Tulio. Isidra, aunque tonta, lo advierte, y discurre un ingenioso pretexto para irse también.

ISIDRA.—(*Después de una pausa, en que van sus ojos de uno a otro, coge el sombrero y el abrigo de Amada y le pregunta*:) ¿Me llevo esto a tu cuarto?

AMADA.—(*Inconscientemente.*) Bueno, sí.

ISIDRA.—(*A Tulio.*) Con permiso. (*Sube.*)
Lo de que Isidra es tonta no es una calumnia; ella se encargará de seguir demostrándolo.

AMADA.—Me he quedado como de piedra al ver a usted aquí. Todo podía esperarlo menos encontrármelo en mi casa el día de mi vuelta.

TULIO.—Sí, realmente... Hay casualidades... ¿verdad? ¿La lamenta usted?

AMADA.—No se trata de eso. ¿Por qué no le ha dicho usted a Laurencio que me ha conocido usted en Granada?

TULIO.—No sé... No tiene explicación... Ha sido uno de esos momentos en que se ausenta uno de sí mismo... ¿Y usted, por qué no se lo ha dicho tampoco?

AMADA.—¿No oye usted que me he quedado como de piedra? Y al ver también que usted callaba... ¡Qué cosas más inverosímiles suceden! Son tonterías; pero suceden. Tampoco me advirtió usted a mí en Granada su intimidad con Laurencio.

TULIO.—Tampoco.

AMADA.—Y eso, ¿por qué?

TULIO.—Eso sí tiene explicación. Yo quería haberme marchado de España sin tropezar con ninguno de mis antiguos compañeros. Razones de delicadeza... ¿A qué había de enterarla a usted de intimidades desagradables, si creí que nuestra amistad nacía y moría en Granada, en nuestro paseo por el Generalife?

AMADA.—¡Ah, pues ahora le contaremos todo!

TULIO.—Ya... ¿para qué? ¿No extrañaría nuestro primer silencio?

AMADA.—(*Vacilando.*) Sí; eso sí...

TULIO.—No tiene importancia, créalo usted. Ha pasado así; ¡pues dejémoslo! En lugar de habernos conocido en Granada... nos hemos conocido aquí. ¿Qué más da?

AMADA.—(*Maquinalmente.*) ¿Qué más da?
Vuelve Laurencio.

LAURENCIO.—¡Qué mujer ésa! Cuando pega la hebra...

AMADA.—Pero es muy simpática y muy graciosa.

TULIO.—Laurencio, yo me marcho.

LAURENCIO.—No, hombre, espérate un poco.

TULIO.—¡Qué cosas tienes! ¿A qué me he de esperar? ¡Es natural que habléis! No quiero yo que Amada, a quien acabo de conocer, me tome entre ojos por inoportuno.

AMADA.—No...

LAURENCIO.—Pues aguárdame en el hotel dentro de media hora.

AMADA.—¿Dentro de media hora?

LAURENCIO.—Sí; ahora te diré...

TULIO.—No vaya usted a pagar conmigo lo que sea. Yo estoy libre de toda culpa. Y he pretendido dejarlo a él. A sus pies, Amada. Disponga usted de mi amistad.

AMADA.—Beso su mano.

LAURENCIO.—Hasta ahora, ¿eh?

TULIO.—Hasta que tú quieras. ¡Como si me telefoneas cualquier otra resolución! ¡Para algo tenemos confianza!

LAURENCIO.—Disculpa que no te acompañe.

TULIO.—¿Quieres callar, hombre?

LAURENCIO.—Hasta ahora.

Tulio se va, despedido por Laurencia en la misma puerta.

AMADA.—(*Riendo, cuando Laurencio se vuelve hacia ella.*) ¡Te advierto que ese amigo tuyo me conoció en Granada, y si me descuido, me enamora!

LAURENCIO.—¿Qué me cuentas?

AMADA.—¡Imagínate su sorpresa al hallarse con que soy tu mujer!

LAURENCIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué lance! Luego lo embromaré a cuenta de ello. ¡Así veía el momento de irse!

AMADA.—Es hombre de muy buena conversación. Y muy culto.

LAURENCIO.—Sí, sí lo es. Chico de historia. Ya te contaré de su vida.

AMADA.—Ya, ya me contarás. Pero antes quiero saber de la tuya. Todavía no me has dado un beso.

LAURENCIO.—¿Había de dártelo ante testigos?

AMADA.—¡Claro! ¡Por eso no te lo he dado yo tampoco! Pero ahora... ya solitos... (*Saltando sobre él.*) ¡Toma! ¡toma ¡oma! ¡toma ¡toma, mal marido, ingrantón, descastado! ¡Toma! ¡toma!

LAURENCIO.—Bueno está mujer; no vaya a venir alguien.

AMADA.—¡Bastante me importa a mí de nadie en este momento! ¿Es que un marido y una mujer no han de besarse después de una ausencia de quince días? ¡Eso no pasa más que en las comedias, porque hay público! Vamos a ver: ¿qué vida has llevado en ese tiempo?

LAURENCIO.—¡Así que no me quedó tarea! Si no he pensado más que en ti! ¡Ya tienen en orden y legalizados todos los papeles de las dos fincas de Aranjuez!

AMADA.—¿Ya? ¡Laurencio!

LAURENCIO.—¡Ya!

AMADA.—¡Dios te bendiga! Eres un santo de almanaque. ¡Yo, divirtiéndome por ahí con mi amiga, y tú, mientras, entre gente de curia y entre papeles viejos y llenos de polvo y de telarañas! Eres un santo! Al que me diga que mi marido no es un santo, le saco los ojos. ¡Si vieras lo que te he echado de menos durante el viaje!

LAURENCIO.—¿A pesar de ir con Enriqueta?

AMADA.—A pesar de ello. Tu calor me hace falta siempre. Y tu sombra. No me acostumbro a mirar y no verte a mi lado. ¡Cuántas veces me ha dicho Enriqueta, al oir que yo en todas partes te recordaba: «¿Quieres dejar a Laurencio en paz? ¿No se quedó en Madrid por su gusto? ¡Pues que se fastidie!»

LAURENCIO.—¿Ella no se acordaba de su marido?

AMADA.—¡Ni por casualidad! En eso no me parezco a ella.

LAURENCIO.—Ni yo al marido.

AMADA.—¡En nada! ¡Me ha contado unas cosas!.. ¡En nada, Laurencio! ¡Lo que he reído! Tiene mucha gracia Enriqueta.

LAURENCIO.—¡Mucha!

AMADA.—Y mucho sentido común. Ve muy bien la vida.

LAURENCIO.—¡Muy bien!

AMADA.—No te burles.

LAURENCIO.—No me burlo; te doy la razón.

AMADA.—Oye.

LAURENCIO.—Dime.

AMADA.—En Granada, en una cueva del Sacro Monte, hay dos piedras con leyenda distinta: tocando una de ellas se consigue boda en el año; tocando la otra divorcio. ¡La del divorcio tiene materialmente un agujero!

LAURENCIO.—¡No me sorprende!

AMADA.—¡Si habrán tocado manos allí!

LAURENCIO.—¿La tocaste tú?

AMADA.—¿Yo? ¡Me aparté dos varas!

LAURENCIO.—¿Enriqueta, sí?

AMADA.—¡Enriqueta se llevó palpando cinco minutos! Como que el sacristán le dijo: «¡Señora, que esta piedra se toca pa divorciarse, pero no pa casarse otra vez!»

LAURENCIO.—¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Bustillo!

AMADA.—Bromas de ella, como comprenderás. Pero, bueno: tú y yo tenemos que viajar mucho juntos.

LAURENCIO.—Ya sabes que siempre que puedo...

AMADA.—Hay que viajar mucho, Laurencio; hay que viajar. Hay que llenar la vida con esas impresiones. Los matrimonios que no tenemos hijos y que, gracias a Dios, disfrutamos de buena fortuna, necesitamos distraernos corriendo mundo. ¡Qué encanto, correr mundo! Se vive más, se le saca más jugo a la vida. Tú te sonríes porque no te agrada moverte de Madrid; pero esto que te digo es la verdad pura. Vengo convencida. No viajar es perder tiempo. Hay que viajar, hay que viajar. ¿Por qué te ríes?

LAURENCIO.—¡Porque estoy oyendo a Enriqueta!

AMADA.—No, no; me estás oyendo a mí. ¡Qué manía la tuya de que yo no tengo opinión sobre nada! ¿No te he dicho lo mismo otras veces?

LAURENCIO.—¿Con este entusiasmo?

AMADA.—¡Es que acabo de experimentarlo por mí! Acabo de ver sitios y cosas que no se borran nunca del corazón; que se desea volver a ver siempre con la persona más querida. ¡Oir junto a ti el rumor del agua que baja por aquel bosque de la Alhambra cuando se sube a ella... y morirse luego!

LAURENCIO.—¿Morirse? ¡No, mujer!

AMADA.—Siendo así, ¿qué importa? ¡Morirse! ¿Quién fué el poeta que dijo aquello de:

Dichoso el que no conoce
más río que el de su patria?...

LAURENCIO.—No sé; no recuerdo...

AMADA.—Pues, con perdón, dijo una inmensa tontería. Viajar es renovar el espíritu; asomarse por cien balcones a la obra de Dios. Cuando yo entré otra vez en la Mezquita de Córdoba, ¡me dió una lástima pensar en los que se mueren sin haberla visto! Pero ¿no me escuchas?

LAURENCIO.—¿Que no te escucho? ¡Hechizado, además!

AMADA.—Prométeme que para el otoño hemos de ir juntos a Italia.

LAURENCIO.—Te lo prometo.

AMADA.—¿Así, sin discutirlo? Eso es que te figuras que de aquí allá cambiaré de opinión.

LAURENCIO.—¡No!

AMADA.—Pues te equivocas si te lo figuras. Te cojo la palabra. ¡Italia! ¡Italia contigo!... ¡Y luego morirse!

LAURENCIO.—¡Y dale!

AMADA.—Entiende bien esto de morirse, majadero. ¡Mirirse de gusto! Yo estuve en Italia de niña con mi padre; ¡pero cambian tanto las cosas según con quien se va! De la compañía depende siempre que se vean del todo o no se vean. ¡A Italia contigo... De

niña, con mi padre, ¡era tan diferente!... Yo me imagino lo que será volver a ver todas aquellas maravillas a tu lado. ¡Venecia. Nápoles, Florencia, Roma!... ¡Italia contigo!

LAURENCIO.—Y luego...

AMADA.—¡Luego vivir, vivir mucho, para seguir viendo cosas bellas! A Tierra Santa quiero también que vayamos juntos.

LAURENCIO.—También iremos. Pero ahora, si me lo permites, vamos a apearnos en Madrid y a pasar en la Corte unos días. ¡Que tampoco se pasa mal!

AMADA.—¡Tampoco!

LAURENCIO.—Vamos a ver.

AMADA.—¿Qué quieres?

LAURENCIO.—Como no sabía que llegabas hoy, porque no he recibido tu telegrama...

AMADA.—¿Qué?

LAURENCIO.—Resulta que... A mí me contraría, pero...

AMADA.—¿Qué resulta?

LAURENCIO.—Pues, chica, que varios camaradas, al enterarnos de que Tulio, este amigo, se encontraba de paso en Madrid, decidimos festejarlo hoy con un almuerzo. Y almorzaremos reunidos unos pocos: los íntimos.

AMADA.—¿Hoy?

LAURENCIO.—Hoy precisamente.

AMADA.—¡Laurencio! ¿Y me vas a dejar hoy sola? ¿El día que vuelvo? Díselo a tus amigos. Tu ausencia no puede estar más justificada.

LAURENCIO.—Comprende las cosas, mujer. Yo he sido el organizador... En cuanto les diga que no voy, querrán aplazarlo. Y si no es hoy, será mañana. ¿No lo consideras? Luego ceno contigo.

AMADA.—¡Sería ya un colmo que también me dejases!

LAURENCIO.—¿Te desagrada?

AMADA.—La verdad, sí.

LAURENCIO.—Desisto, entonces. Yo los convenceré.

AMADA.—Sí, sí; convéncelos. (*Pausa.*)

LAURENCIO.—Este Tulio es un muchacho bastante desgraciado. Perdió la carrera militar por un punto de honra, se fué de España, y como ha aparecido de pronto queremos los compañeros de carrera probarle que estamos a su lado siempre; que sentimos con él. Merece esta satisfacción.

AMADA.—Ya.

LAURENCIO.—En fin, ¿qué hemos de hacerle?... Otra vez será.

AMADA.—¿A ti te disgusta no ir?...

LAURENCIO.—No, no es para tanto. Ir, es claro que me agradaría. La prueba es que yo he sido... Pero, por un lado, no quiero el aplazamiento, y por otro, no me hace gracia que se le dé a mi ausencia cualquier torcida interpretación.

AMADA.—¡Ah! ¿Puede dársele?...

LAURENCIO.—Sí... Entre Tulio y yo, alguna vez... bueno, ya está, como dice Molina: así se arregla el caso. Almuerzo contigo y me voy a tomar con ellos el café.

AMADA.—Mira, no; no quiero que hagas a medias las cosas, si sientes escrúpulos. Ni menos que con el bocado en la boca me dejes a mí. Vete y almuerza con tus amigos.

LAURENCIO.—¡No, tonta!

AMADA.—Sí, hombre; si yo me avengo a todo con tal de verte a ti contento... Pero luego, a la cena, no te me vayas a traer ningún amigote.

LAURENCIO.—¡Quita! ¡A cualquier hora! La cena de esta noche es nuestra nada más.

AMADA.—Ea, pues, anda con Dios. Que por mí no te esperen.

LAURENCIO.—¡Y decías que yo soy un santo! ¡Tú sí que eres buena!

AMADA.—¡Es que si fuéramos los dos tan malos como tú...! Por algo me ha puesto Dios a tu lado.

LAURENCIO.—¿Te quedas contenta?

AMADA.—(*Acompañándolo y yéndose con él.*) ¡Si tú lo vas...! Y de aquí a la noche no he de hacer

otra cosa que arreglarme y acicalarme mucho para parecerte más guapa.

LAURENCIO.—¿Más todavía?

AMADA.—¡Más, más!

Isidra sale oportunamente por la puerta de la izquierda y los ve marcharse amartelados. Se queda mirando hacia ellos unos segundos, sonriente, y de pronto, poniéndose bruscamente seria, se vuelve de espaldas, ruborosa. ¿Qué habrá visto?

ISIDRA.—(*Suspirando, cuando le pasa el pavo.*) ¡Ay!... ¡Qué felices son las casadas!

Amada vuelve, levemente nublado el semblante por una nubecilla de tristeza. Hablando entre sí, dice:

AMADA.—No se ha debido ir. Y lleva su poquillo de remordimiento.

ISIDRA.—¿Cómo?

AMADA.—¡Ah! ¿Estás aquí?

ISIDRA.—Sí. ¿Quieres algo?

AMADA.—No. Almcrzaremos solas, ¿sabes?

ISIDRA.—¿Sin Laurencio? ¿Pues?...

AMADA.—La culpa la tiene el telegrama que no ha llegado. Había formado plan para hoy con unos amigos...

ISIDRA.—¡Qué demonio! Y ¿te has puesto triste?

AMADA.—Es nautral. Pero no he querido que lo note.

ISIDRA.—¡Claro!

AMADA.—¿No es verdad que no ha debido irse?

ISIDRA.—Mujer, si el compromiso era muy grande... ¿Era muy grande?

AMADA.—Parece que sí, que era muy grande.

ISIDRA.—Siendo así, en rigor ha debido irse. ¿Él qué sabía de tu llegada? Discúlpalo.

AMADA.—¡Disculpado está!

Por la ventana que da al jardín asoma en esto don Paco Lallave, llamado irónicamente, por sus muchos años, «el Pollo Lallave». Es un vejete pulcro y acartonado, que almuerza y come continuamen-

te en las casas de los amigos. Usa monóculo y botines.

LALLAVE.—¡Bien venida, Amadita! ¡Bien venida!

AMADA.—¡Lallave!

ISIDRA.—¡Hola, don Paco!

LALLAVE.—¡Hola, encanto! Venía a recoger a Laurencio y me ha dicho que acabáis de llegar.

AMADA.—No hace un cuarto de hora. ¿Es usted de la partida también?

LALLAVE.—Lo era, aunque a regañadientes. Pero Laurencio acaba de suplicarme que me quede a almorzar con vosotras, para que estéis acompañadas.

AMADA.—¡Ah! ¿sí? Pues pase usted entonces. Aunque todavía...

LALLAVE.—¡Vaya si pasaré! Al momento. (*Vase y sale a poco por la puerta de la derecha.*)

Entretanto, las dos mujeres comentan la inesperada novedad.

AMADA.—¡Esto ya pasa de la raya!

ISIDRA.—¿El qué?

AMADA.—¡Bueno y santo que almuerces tú con tus amigos; pero no nos cuelgues a nosotras a este vejestorio!

ISIDRA.—A Laurencio le hace mucha gracia Lallave.

AMADA.—¡Y a mí también; pero otro día! Cualquier día menos hoy!

ISIDRA.—La intención lo salve, mujer.

AMADA.—¡Todo lo que tú quieras; pero entre almorzar con mi marido o con esta momia...! (*Volviéndose a la momia y acogiéndola con zalamería.*) ¡Venga, venga, querido don Paco! ¿Cómo vamos?

LALLAVE.—Viviendo, que no es poco. Amada... Isidrita... ¡Ganáis con la ausencia! ¡Qué preciosas venís! ¿Qué tal esa excursión?

AMADA.—¡Encantadora! ¡No nos ha faltado más que usted!

LALLAVE.—¡Zalamerilla!

ISIDRA.—¿A quién dirá usted que hemos visto en Málaga?

LALLAVE.—¿A quién?

ISIDRA.—¡A su amigo Pancho Tinoco!

LALLAVE.—¡Ah! ¡Pancho Tinoco! ¿Está ahora en Málaga ese perillán?

AMADA.—¡Allí lo tiene usted! ¡Vive todavía!

LALLAVE.—No creas que no es milagro: ¡me dobla la edad!

AMADA.—¿Eh? ¡Pues él dice que fueron ustedes condiscípulos!

LALLAVE.—¡Quita, por Dios! ¡Es que ha perdido la memoria! ¡Él fué condiscípulo de mi padre! Y como mi padre y yo nos parecimos mucho, pues el pobrecillo se confunde.

ISIDRA.—Sí, eso será. A mi madre y a mí nos solían tomar por hermanas.

LALLAVE.—¿Ves?

AMADA.—Oye, Isidra, estáis tal para cual. Mientras yo me adecento, dale tú palique a don Paco. ¿Usted me permite? No tardaré.

LALLAVE.—¡Por Dios, niña! ¡Estás en tu casa!

AMADA.—Y usted en la suya.

LALLAVE.—Gracias siempre.

AMADA.—Hasta ahora. (*Vase por la escalera.*)

LALLAVE.—¡Qué adorable es esta mujer! ¡Qué imán tiene! ¡Qué trato el suyo tan exquisito! ¡Dieciochesca, dieciochesca! Es la dama más dieciochesca que yo he conocido.

ISIDRA.—¡Y ya habrá usted conocido a algunas!

LALLAVE.—Como ésta, muy pocas. ¿Qué parentesco te une con ella a ti?

ISIDRA.—¿Para no dejar de preguntármelo tampoco hoy?

LALLAVE.—¡Ah! ¿Te lo he preguntado ya?

ISIDRA.—¡Siempre que nos vemos! Apúnteselo usted en la carterita. Es muy sencillo. El padre de la madre de Amada y un hermano del padre de mi padre, o sea un tío mío, se casaron con madre e hija. Tuvieron hijos los dos matrimonios; y uno de los varones se casó con la madre de Amada, y una de las hembras, con mi padre. De manera que yo vengo a ser prima, sobrina y tía de Amada: a escoger. Está muy claro.

Lallave.—¡Clarísimo! No te lo vuelvo a preguntar.

Isidra.—Y nos queremos como hermanas. Cuando papá murió, me dijo ella, al ver que me quedaba muy sola: «Te vienes a vivir conmigo hasta que te cases». ¡Pobre! No sabía que tenía parienta al lado para toda la vida.

Lallave.—No seas tan modesta, mujer.

Isidra.—No es modestia, es conocimiento del mundo. Usted calcule: flaca, sin dos cuartos y tonta, ¿quién carga conmigo? (*Con ingenuidad.*) Don Paco, ¿soy yo tan tonta como dicen?

Lallave.—Hija, yo no soy voto en la materia.

Isidra.—¿Por qué?

Lallave.—Porque siempre me han gustado las mujeres un poquito tontas.

Isidra.—¿Sí? ¡Qué lástima!

Lallave.—¿Conque, tan bien lo habéis pasado por ahí?

Isidra.—Muy bien; sí, señor. Enriqueta, que nos ha acompañado, ¡es tan animada y tan ocurrente!... Y además encuentra amigos en todas partes.

Lallave.—Igual me ocurre a mí. ¿Tú sabes quién está ahora en Málaga?

Isidra.—¿Quién?

Lallave.—¡El célebre Pancho Tinoco!

Isidra.—¡Pero si acabo yo de decírselo a usted!

Lallave.—¡Ah! ¿Tú me lo has dicho? ¡Es verdad, que me lo has dicho tú! ¡Tinoco, Tinoco!... El condiscípulo de mi padre. Me conoció así.

Isidra.—¡Pues ya ha llovido!

Por la puerta de la derecha sale Molina.

Molina.—Señorita Isidra.

Isidra.—¿Qué?

Molina.—Que está ahí ahora mismo, y quiere saludá a la señora, doña Camino... no sé qué, viuda de no sé cuántos.

Isidra.—¡Hombre, lo que es así...!

Molina.—Yo me he quedao en la cabesa con er nombre, que es lo más saliente: doña Camino. Es una

señora viejesita... Dise que ha conosío a la señora en Granada...

ISIDRA.—¡Ah, sí! ¡Doña Camino! Es cierto. (*A don Paco.*) Es una señora que simpatizó mucho con Amada, y le ofreció visitarla en Madrid. Por lo visto, nos supone aquí hace unos días. (*A Molina.*) Hazla pasar. Si la señora no pudiese recibirla, yo la recibiré. Voy a decírselo. (*Sube.*)

Molina, que va a irse, al quedarse solo con el Pollo Lallave, se le acerca misteriosamente.

MOLINA.—¿Usted dónde armuersa: aquí o ayá?

LALLAVE.—Aquí.

MOLINA.—¿*Aquí?* ¿Va usté a perderse aquer *numerito?*

LALLAVE.—Sí. Me ha rogado Laurencio...

MOLINA.—¡Ah, vamos!

LALLAVE.—Además, no lo siento gran cosa. Me he acogido a su ruego con el mayor gusto, porque aquí me hallo más seguro que allá. Estoy en ascuas estos días. ¿Quién crees que ha vuelto por Madrid?

MOLINA.—¿Quién?

LALLAVE.—¡Aquella desgraciada que fué mi sombra hace algún tiempo! ¡La *Francesca!* ¡Más vieja que el andar! ¡Creo que se ha cortado el pelo a la *garçon* y quiere que la vea! ¡Y yo no quiero verla, ni aunque le lleguen las trenzas a las corvas! ¡La *Francesca!* ¿No te acuerdas tú de la *Francesca?*

MOLINA.—Pero ¿no me he de acordá, don Paco? ¡Si to ese cuento se lo conté yo a usté anoche!

LALLAVE.—¡Ah! ¿Fuiste tú?

MOLINA.—¡Yo mismo!

LALLAVE.—¡Pues hazte cargo! ¡La *Francesca!*

MOLINA.—¡Sí: er tifu esantemático! ¡Ja, ja, ja! Vi a desirle a esa señora que pase. (*Se va riéndose.*)

LALLAVE.—(*Dando un paseíto reflexivo.*) ¡Ayayay!... Ya me ha sucedido dos o tres veces esto de contarle a uno por la mañana, como gran novedad, lo que él me ha contado a mí la noche antes... ¡Pícara memoria! Es lo primero que flaquea... Ayayay!... ¡Pero no hay que entregarse nunca! Me

quitaré otros cinco años en el padrón de cédulas. Y vamos un ratito al billar, a dar unos tacazos. No estoy para viejas ahora. (*Éntrase por la puerta de la izquierda.*)

Simultáneamente baja Amada y sale por la de la derecha Doña Camino. Molina asoma con ella y se retira luego. Doña Camino es una señora de setenta años, de empaque del pasado siglo, parlanchina y risueña. Aunque ha sufrido mucho en la vida, ha logrado ya la completa serenidad de su espíritu.

AMADA.—(*Bajando.*) ¡Señora!

DA. CAMINO.—Perdóneme usted, hija mía; no contaba con que acabase usted de llegar.

AMADA.—¿Qué más tiene?

DA. CAMINO.—Sí, tiene, sí tiene. Sé lo que se molesta en las casas en estos instantes. Esto no cuenta por visita. Un saludo, un beso y me marcho. No le pregunto a usted cómo está, porque ya la veo como una rosa.

AMADA.—Pero, ¡qué amable!

DA. CAMINO.—Venga, venga el beso.

AMADA.—Con mil amores...

DA. CAMINO.—(*Besándola.*) ¡Hija de mi vida!

AMADA.—Pase usted por aquí.

DA. CAMINO.—No, no paso; de aquí no me muevo. Ni es hora ni es oportunidad. Esto no cuenta por visita.

AMADA.—Pero ¡si yo tengo mucho gusto siempre en hablar con usted!

DA. CAMINO.—Y yo más todavía en hablar con usted; pero eso no importa.

AMADA.—Pues siéntese aquí.

DA. CAMINO.—Aquí, bien; aquí me sentaré un minuto. Volveré más despacio otro día. Y otro, y otro. Y usted se dirá: «Pero esta vieja entrometida, que me ha conocido hace dos semanas, en una fonda, ¿qué querrá de mí, que parece que quiere comerme? Y no quiero más que quererla, quererla.

AMADA.—No me sorprende nada, porque yo soy así también. Hay personas a quienes se quiere en un

momento; casi por la manera de mirar. Yo en los viajes padezco mucho. Voy cautivada por una persona que de pronto se baja en una estación del camino... ¡y me deja más triste!... ¡No volverla a ver más!... Padezco mucho. Yo quiero muy pronto.

DA. CAMINO.—Pues conmigo no ha de pasarle a usted eso de no volverme a ver. No me haré pesada, pero me verá usted más de lo que piensa.

AMADA.—¡Encantada yo!

DA. CAMINO.—Y le voy a decir a usted por qué.

AMADA.—¿Por qué?

DA. CAMINO.—Porque tiene usted la misma cara de una hija a quien perdí.

AMADA.—¿Es posible?

DA. CAMINO.—La misma cara. Ahora, cuando de repente se me apareció usted en la escalera, al cabo de los días en que nos conocimos, recibí otra vez la impresión. Verla a usted, es ver a mi Carmela. ¿No había usted notado que mis besos son más que de amiga?

AMADA.—Sí, señora, sí.

DA. CAMINO.—Pues ya está usted en el secreto. Ya no extrañará mis lagoterías. Las disculpará.

AMADA.—Como que se me han saltado las lágrimas.

DA. CAMINO.—Perdí a mi pobre hija de veinte años.

AMADA.—¿De veinte años?

DA. CAMINO.—Empezando a vivir. Y a un hijo de treinta. En África. Ni siquiera sé dónde están sus huesos. Esta sí que es pena, hija mía.

AMADA.—Pero ¿quién podría imaginarlo, viéndola a usted tan alegre?

DA. CAMINO.—A Dios debo el remedio. De esa pena y de todas las mías. Porque no hay pena grande en la vida por la que yo no haya pasado. Si intima usted conmigo, ya sabrá, ya sabrá de penas.

AMADA.—¡Oh, sí! Quiero intimar; quiero intimar....

DA. CAMINO.—Intimaremos. Se enterará usted de muchas cosas. El dolor más grande puede ser una felicidad. Dios enseña el camino.

Amada.—¿Dios?

Da. Camino.—Dios, hija mía, Dios. El único refugio verdadero; el único bálsamo. ¡Bendito sea! ¿Nosotras nos tropezamos en Granada, no? ¿En el Sacro Monte?

Amada.—En el Sacro Monte. Iba usted a ver a un sobrino suyo, según me dijo usted.

Da. Camino.—¡Sí, sí, mi sobrino!... De alguna manera hay que llamarlo, por el bien parecer. ¡Hijo de mi marido con una pindonga!

Amada.—¿Sí?

Da. Camino.—Sí. De Canarias. ¡A los cincuenta años me salió por esas folías! ¡Con los hombres no hay momento tranquilo!

Amada.—¿Y usted?...

Da. Camino.—¿Yo qué he de hacer más que querer al chico? Mi marido murió; la pindonga siguió pindongueando... ¿Qué culpa tiene la criatura de todo esto? Me apoderé de él y le estoy costeando una carrera. Luego saldrá un demonio; pero eso ya no es cuenta mía.

Amada.—Es usted admirable, señora.

Da. Camino.—¿Por esto? ¡Tan sencillo!... ¡Si yo le dijese a usted que la pindonga sufre ahora una enfermedad incurable y que soy yo la que le pone las inyecciones que le manda el médico para calmarle los dolores!...

Amada.—¿Usted?

Da. Camino.—Yo, yo; con estas manos. Y no lo digo por jactancia, sino para que usted lo sepa. A mí me parece que el bien que una haga por consejo de Dios, no debe callarlo, sino decirlo, para ejemplo de los indiferentes. Dios me lo manda así. «Cuéntale esto que has hecho a todas las vecinas, y que se queden todas con la boca abierta.» (*Le toma de pronto la cara a Amada, que sugestionada enteramente, la escucha sin quitarle ojo.*) ¡Qué cara más hermosa tienes! ¿Qué me miras? ¿Qué me mira usted? ¡Todo esto no es nada!

AMADA.—Me asombra que siendo usted tan buena, su marido...

DA. CAMINO.—Dios lo tenga en su santa gloria. ¡Mi marido! ¡Buen peine me tocó en la rifa!

Amada repite maquinalmente, como un eco, muchas de las palabras de la vieja.

AMADA.—¡Buen peine!

DA. CAMINO.—Castigo merecido. Dios me castigó por llevarles la contraria a mis padres, que se oponían a mi casamiento.

AMADA.—¡Se oponían a su casamiento!

DA. CAMINO.—Se oponían, sí; pero yo estaba entontecida; ciega, ciega.

AMADA.—¡Ciega!

DA. CAMINO.—¡Él era tan simpático, tan tunante! Me engañaba cuanto quería.

AMADA.—¡Cuanto quería!

DA. CAMINO.—¡Y de casada más que de soltera!

AMADA.—¡Más que de soltera!

DA. CAMINO.—¡Con qué maña se escurría de mí y justificaba el no ir conmigo casi nunca!

AMADA.—¡Casi nunca!

DA. CAMINO.—Casi nunca. Una temporada me dió por viajar, como a usted ahora, y no logré que me acompañase más que una semana a París. Y luego supe que fué porque tenía allí un entretenimiento.

AMADA.—¿Quizá la del chico?

DA. CAMINO.—¡Ca! ¡Otra, más pindonga todavía!

AMADA.—¿Más pindonga?

DA. CAMINO.—¡Más!

AMADA.—¿Y la tenía en París?

DA. CAMINO.—¡En París! ¡Y yo misma se la llevé en bandeja!

AMADA.—¡Oh!

DA. CAMINO.—Desde entonces me guardé ya mucho de pedirle que me acompañara a ninguna parte.

AMADA.—¡Claro!

DA. CAMINO.—Fué un trueno, un trueno; una bala perdida. Y además ¡unos amigotes!... ¡Uh!

AMADA.—¿Sí, eh?

DA. CAMINO.—¡Los calaveras más calaveras de Madrid! ¡Aquel Telmo Vélez, que murió con los zapatos puestos; aquel generalote Machuca, que también murió cómo quiso el diablo, allá en Filipinas; ese Pollo Lallave, que no se muere nunca!...

AMADA.—(*Sobresaltada.*) ¿El Pollo Lallave también?

DA. CAMINO.—¡También! (*Amada lo busca con los ojos.*) ¡Celestino de todos los mengues!...

AMADA.—¿Celestino?

DA. CAMINO.—¡Celestino, Celestino! ¡Hijo de la madre Celestina! ¿Qué le sucede a usted?

AMADA.—Nada, señora.

DA. CAMINO.—Sí, sí; lo comprendo. Siempre que a una casada le cuento estas cosas, se turba, como usted. ¡Pero todos los casos no han de ser iguales! Ahora, que con los hombres siempre se está vendida. Y las simples, que los quieren mucho más. Me voy, me voy.

AMADA.—¡No se vaya usted!

DA. CAMINO.—Sí, sí, me voy. He llegado inoportunamente. Esto no cuenta por visita. Me aguardan, además. ¿Quién cree usted que me aguarda?

AMADA.—¿Quién?

DA. CAMINO.—El Padre Selva.

AMADA.—¿El Padre Selva? No lo conozco.

DA. CAMINO.—¿No conoce usted al Padre Selva? ¡Pues tiene usted que conocerlo! Es un santo. A él le debo yo esta tranquilidad; este consuelo de mis penas. En mis días de tribulación, me quitó de la cabeza las ideas que me dominaban. Yo quería aturdirme, distraerme viajando, yendo de un lado a otro, para distraerme viajando, yendo de un lado a otro, para huir de mi duelo y de mí misma. Un disparate. La vida sólo de los sentidos deja luego un gran vacío en el corazón. Y el Padre Selva me enseñó a verlo. Es un santo. ¡Qué buen consejo el suyo! ¡Qué palabra! ¡Tan sencilla, tan cariñosa!... Acompáñeme usted hasta la puerta y métame en el coche o sigo hablando toda la mañana.

AMADA.—Vamos allá; vamos... Si usted se obstina en irse...

DA. CAMINO.—Sí, hija mía, sí. Ya volveré otro día despacio y más a tiempo.

AMADA.—Pero pronto, ¿verdad?

DA. CAMINO.—Muy pronto, muy pronto.

AMADA.—¡Y me tiene usted que presentar al Padre Selva!

Se marchan juntas.

Un momento después baja Isidra.

ISIDRA.—¿Nadie aquí? ¿Se fué la visita? ¿Y el Pollo Lallave, dónde se habrá metido? (*Asomándose a la ventana.*) ¡Oiga! ¡Qué melancólica viene Amada hacia acá!... ¿Qué aires le habrá traído la vieja?

Pausa. Amada vuelve, ensimismada, hablando consigo. Isidra la observa.

AMADA.—Sí, sí... un consejero, un consejero... Estoy muy sola...

ISIDRA.—¡Amada!

AMADA.—(*Yendo con emoción hacia ella.*) ¡Isidra!

ISIDRA.—¿Qué tienes? ¿Qué carita es ésa? ¿Qué tienes?

AMADA.—¡Qué sé yo!... ¡Ganas de llorar!

ISIDRA.—¿Por qué?

AMADA.—No sé explicártelo; pero tengo ganas de llorar.

ISIDRA.—¡Y yo también!

AMADA.—¿Tú? ¿Por qué, muchacha?

ISIDRA.—¡Porque tú la tienes!

AMADA.—¡Pues vamos a llorar las dos juntas!

Se le abraza, llorosa. Isidra la acaricia, contagiada. El Pollo Lallave asoma por donde se marchó, y, al contemplarlas en tal actitud, dice:

LALLAVE.—¿Qué es esto? ¿Lágrimas? (*Con elegante egoísmo.*) ¡Oh! ¡Lágrimas, nooo!... (*Y se vuelve al billar.*)

AMADA.—(*Serenándose y sonriendo.*) ¡Pero qué tonta soy! Pero qué tontas somos!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo lugar que el primero, seis meses después. El oro de los árboles del jardín proclama el imperio del otoño. Estamos en octubre y es por la tarde a primera hora.

Sentados, como quien espera, hay dos Monjas y un Fraile, a distancia el uno de las otras. Silencio.

FRAILE.—(*Estornudando.*) ¡Ah... chís!

UNA MONJA.—¡Jesús!

FRAILE.—Gracias, hermana. El otoño siempre me regala un catarro.

OTRA MONJA.—Y a mí otro.

Nuevo silencio. Por la puerta de la izquierda sale Isidra, con una cartita en la mano. Las Monjas y el Fraile se levantan.

ISIDRA.—Muy buenas tardes.

FRAILE.—Buenas tardes.

UNA MONJA.—Santas y buenas tardes.

OTRA MONJA.—Buenas tardes.

ISIDRA.—(*Al Fraile.*) Disculpe usted a la señora. No viene a saludar a usted, porque tiene convidados a la mesa. Esta es la carta para el señor Marqués.

FRAILE.—¡Oh! Dios se la premie.

ISIDRA.—La señora cree que será muy bien atendido.

FRAILE.—Tantísimas gracias. Ya vendré yo a repetírselas personalmente. ¿Recibió la señora mi librito?

ISIDRA.—¿Cuál? ¿Unas aleluyas contra el dolor de muelas?

FRAILE.—(*Sonriendo con bondad.*) No... Yo no sé hacer versos. Un compendio de la vida de Santa Teresa, escrito por mí.

ISIDRA.—¡Ah, sí! Lo recibió. Ya lo hemos leído. Es muy corto.

FRAILE.—¡Un compendio!... Mis saludos a la señora y otra vez las gracias.

ISIDRA.—No hay de qué.

FRAILE.—Buenas tardes.

UNA MONJA.—Buenas tardes.

OTRA MONJA.—Buenas tardes.

ISIDRA.—Adiós, Padre Tristán.

Se va éste por la puerta de la derecha. Simultáneamente llega por la izquierda Molina, con una primorosa urnita, donde se guarda un Niño Jesús. Se dirige a entregársela a las Monjas.

MOLINA.—¡Ea! Ya está aquí er Niño. Ha pasao la noche en la casa, y no hay queja de E. Ni ha yorao, ni ha dao ruido en toa la noche.

UNA MONJA.—¡Qué gracejo tiene!

OTRA MONJA.—Pues ya verán ustedes cómo les reporta algún bien.

UNA MONJA.—¡Oh, sí! Casa donde pasa el Niño la noche... Sin ir más lejos, en el hotel de los condes del Cerrillo, dos más abajo de éste, lo dejamos también una noche la semana anterior, y ha tocado la lotería.

MOLINA.—¿Qué le paese a usté er Niño?

OTRA MONJA.—Y la duquesa del Torneo, que lo tuvo dos días, estaba muy enferma y ya sale a la calle.

UNA MONJA.—Y la hija mayor de los señores de Castroluz, que va a casarse el domingo que viene, desea que el Niño vaya a su boda, porque dice que el Niño fué quien le buscó el novio.

ISIDRA.—¿Sí, verdad? (*Dándole diez pesetas.*) Ea, pues tome, hermana.

UNA MONJA.—Dios se lo pague.

OTRA MONJA.—Y se lo aumente.

MOLINA.—¡Y ayá veremos lo que susede aquí!

UNA MONJA.—Algo bueno; ya lo tocará. No sea descreído. Buenas tardes.

OTRA MONJA.—Buenas tardes.

Isidra.—Vayan con Dios, hermanas.

Se van por la puerta de la derecha.

Molina.—Vayan con Dios. (*Cuando se ve con Isidra a solas.*) ¡Er Niño es una viña! ¡Angelito!

Isidra.—Y usted un hablador descarado. Se cree usted que siempre tiene gracia, y la tendría usted en su regimiento; pero aquí se despegan muchos golpes.

Molina.—Usté dispense, señorita. Es que no pueo menos de considerá lo que ha cambiao esta casa en un verano. ¡Hasta er barómetro es un fraile de cartón, que si yueve se cala la capucha y se la echa pa atrás en er tiempo seco! ¡Vamos, hombre! Y esta señora que viene aquí es la que ha vuerto la tortiya. Y er curita que la acompaña argunas veses.

Isidra.—No murmure más y váyase a su obligación.

Molina.—Como las balas. (*Se marcha por la puerta de la derecha.*)

Isidra.—¡Jesús, qué hombre! Si me sale un novio, que no sea de Lebrija.

Por la puerta de la izquierda salen Doña Camino y Amada.

Da. Camino.—Comida hecha, compañía deshecha.

Amada.—Pero ¿de veras se va usted ya? ¡No!

Da. Camino.—Sí, sí, hija mía. Tengo mucho que hacer.

Amada.—Yo creí que me traía usted hacia acá para que hablásemos de nuestras cosas sin testigos. Además, ¿no esperaba usted a Roquita?

Da. Camino.—¡Es verdad; que quedó en venir a los postres! ¿Qué hará que se tarda?

Amada.—Siéntese usted.

Da. Camino.—¿Te figuras que me cuesta trabajo? Lo que me cuesta es irme de tu lado siempre. Tienes miel, tienes miel para mí. Empecé a quererte por la semejanza con mi hija, y ahora te quiero ya por ti sola.

Amada.—De las dos cosas me alegro yo.

Da. Camino.—Mira, Isidra mándame luego con Segunda mi velo y mi abriguito.

Amada.—En mi gabinete los dejó.

Isidra.—Sí.

Da. Camino.—Y quédate después por la galería donde están los hombres de sobremesa y así no contarán cuentos verdes.

Amada.—Yo creo que aunque no vaya Isidra...

Da. Camino.—¡Simple! Los hombres, después de comer, cuando se quedan solos... Es la salsa del café y del cigarro. Este Pollo Lallave ¡tiene un repertorio de verduras...! ¡Uh! ¡Como que lo convidan por oírlo!

Amada.—¡El bufón! Por lo visto es para lo único que no ha perdido la memoria. Mi marido siempre ha de traerme a la mesa algún tipo así. ¡Y yo se lo tolero por lo que él se divierte!

Da. Camino.—El mío contaba con bastante ángel toda clase de cuentos. Y te declaro que cuando llegaba el turno de los picantillos, me hacía la dormida para oirle con disimulo alguno que otro.

Amada.—¡Tiene gracia!

Isidra.—¡Sí que tiene gracia! (*Yéndose escaleras arriba, tal vez con la ilusión de imitar a doña Camino muy pronto.*) ¡Todos los días se aprende algo!

Da. Camino.—Dime niña, ¿no ha vuelto por aquí el Padre Selva?

Amada.—No; ya hace más de ocho días que no viene. Y lo echo de menos. Mañana le voy a escribir.

Da. Camino.—Está su compañía tan solicitada...

Amada.—Lo comprendo, sí. Pero yo no sé ya vivir sin su consejo. ¡Le debo tanto! A él y a usted, por supuesto.

Da. Camino.—¡Pobre de mí!

Amada.—A él y a usted. ¡Qué cambio en mi vida; en mi alma! ¡Qué tranquilidad tan de adentro! ¡Qué llenas mis horas! Mis rezos, mis caridades... mis meditaciones... ¡Nunca estoy sola ya! ¡Esto es un triunfo!

Da. Camino.—¡Cómo me gusta oirte!

Amada.—¿Qué sombra amiga es esta que usted me ha traído?

Da. Camino.—La del cariño, la de la experiencia; la de la confianza en Dios, sobre todo.

AMADA.—¡Tengo una fe en cuanto usted me dice!

DA. CAMINO.—¿Mucha?

AMADA.—Absoluta, señora.

DA. CAMINO.—Pues, mira: voy a darte un consejo, ya que hablamos en esta intimidad las dos solitas.

AMADA.—Un consejo, no. Mándeme usted y la obedeceré.

DA. CAMINO.—Mandarte, nunca; aconsejarte, aconsejarte...

AMADA.—¡Si es que yo agradezco el mandato, doña Camino; si es que lo deseo! Nada me gusta a mí como obedecer. No tengo voluntad, o es muy débil. ¡Necesito un dueño que me mande!

DA. CAMINO.—¿Qué más dueño que tu marido?

AMADA.—¡Si fuera tal dueño!... Vamos a ver: ¿qué consejo es ese, que me ha despertado la curiosidad?

DA. CAMINO.—Delicadillo es. También te hablará del caso el Padre Selva.

AMADA.—¿También el Padre Selva?

DA. CAMINO.—También.

AMADA.—Pues ¿de qué se trata? ¿He cometido alguna falta sin saberlo?

DA. CAMINO.—No; tú, no.

AMADA.—¿Yo, no? Pues ¿quién?

DA. CAMINO.—Una persona que visita con frecuencia tu casa.

AMADA.—¿Tulio?

DA. CAMINO.—Tulio, sí.

AMADA.—Sospechaba yo que quería usted hablarme de él. ¿Qué ha hecho?

DA. CAMINO.—Nada que claramente lo acuse. Y ahí está el mal.

AMADA.—Explíquese usted.

DA. CAMINO.—¿Es necesario?

AMADA.—Sí, señora.

DA. CAMINO.—Pues ¿por qué sospechabas que yo quería hablarte de él?

AMADA.—¡Qué sé yo! Se lo he leído a usted en los ojos.

DA. CAMINO.—¿Y no te has preguntado el fundamento?

AMADA.—A mí no me cabe en la cabeza...

DA. CAMINO.—No seas inocente. La asiduidad de ese hombre obedece a una intención ilícita, pecaminosa.

AMADA.—¿Cree usted?

DA. CAMINO.—Lo cre yo, y él lo delata sin querer, aunque es muy solapado, dondequiera que habla de ti. El padre Selva, que entra en muchas casas, me ha hecho revelaciones... Él te dirá lo que ya se dice, lo que ya se murmura...

AMADA.—¿De mí?

DA. CAMINO.—Ese es el principio de todas estas cosas... No ha de haber culpa en nadie, y menos la hay en ti, y sin embargo, se engendra en torno a las personas una atmósfera calumniosa que las perjudica y que las envuelve.

AMADA.—Sí, sí; ya veo...

DA. CAMINO.—Ese hombre es frío, es astuto...

AMADA.—Es astuto, es frío...

DA. CAMINO.—No se le siente andar...

AMADA.—¡No se le siente andar! ¡Qué bien aplicado está esto! ¡No se le siente andar!

DA. CAMINO.—Pero mirar sí se le siente.

AMADA.—¡Mirar sí se le siente, sí!

DA. CAMINO.—Tiene, además, para que no le falte nada, su leyenda caballeresca, su historia de aventuras galantes, entre negra y dorada...

AMADA.—¡Entre negra y dorada, es verdad!

DA. CAMINO.—Él no quería vivir en España, y, sin embargo, desde que te conoció, casi no sale de ella... Procura coincidir contigo adonde tú vas... Aspira, sin duda, a envenenarte el aire y el alma de un modo lento, de un modo insensible.

AMADA.—¡Sí, eso, sí! ¡Me doy cuenta ahora mismo de todo! ¡Enlazo sus primeras palabras con las últimas! La manera cómo se presentó en esta casa; cómo ocultó que ya me conocía; cómo quiso ya que entre él y yo quedase un secreto para mi marido; có-

mo viene siempre a buscarlo cuando él no está!... ¡Cuánto detalle, simple al parecer, se me esclarece ahora y me descubre lo que usted acaba de señalarme! Dios se lo pague a usted. ¡Estaba en tinieblas, y usted me ha abierto las ventanas! ¡Veo claro; veo claro!

Quédase como abstraída, evocando en su espíritu y recorriendo toda la trayectoria de sus observaciones, iluminada de repente. Apenas escucha ni atiende ya a doña Camino y a Roquita, que llega por la puerta de la derecha.

DA. CAMINO.—¡Oh! ¡Roquita! Por fin parece usted.

ROQUITA.—Dispénseme usted, doña Camino.

DA. CAMINO.—Supongo que a su clase irá usted con más puntualidad.

ROQUITA.—A mi clase y a todos lados. Buenas tardes, Amada.

AMADA.—Buenas tardes, Roquita.

ROQUITA.—Hoy no he venido a punto porque he tenido tres o cuatro encuentros. Ustedes, las que van siempre en coche no se encuentran a nadie nunca; pero las que vamos a pie, en el tranvía, o en el *metro*... ¿Está ahí Tulio?

AMADA.—(*Como despertando.*) ¿Tulio? Ahí está, sí.

ROQUITA.—Pues le voy a pedir un favor antes de que se marche, y nos vamos a escape nosotras, doña Camino, Un minuto. (*Entra por la puerta de la izquierda, decidida.*)

Segunda baja con el velo y el abrigo de doña Camino.

SEGUNDA.—(*Sonriéndole.*) ¿Es esto, señora?

DA. CAMINO.—Sí; esto es. Mil gracias.

SEGUNDA.—¿Me manda algo más la señora?

DA. CAMINO.—No; nada más.

SEGUNDA.—Bien. (*Vuelve a subir, siempre sonriente.*)

DA. CAMINO.—Recuerdo ahora lo que me contaste de esta chica: sin duda le han dicho que tiene la son-

risa bonita, y abusa de ella. (*Mientras se acomoda su velo y su abrigo.*) ¿Has oído a Roquita? Otra señal de lo que hablábamos. Se viene aquí a buscar a Tulio, en la seguridad de que lo halla mejor que en otra parte.

AMADA.—Sí, sí, sí. Pues lo hallará ya muy pocas veces. Estoy decidida a alejarlo. ¡Es como la luz, doña Camino! Ese hombre es peligroso, perverso. Las ligerezas de mi marido las ha traducido él muy torpemente. Y ha visto fácil mi traición. ¡Miserable! ¿Qué idea tiene de mí? ¡Y yo lo he halagado y lo he estimulado a frecuentar mi casa, y le correspondía con un sincero afecto!... ¡Miserable! ¿Querrá usted creer que me era muy simpático, doña Camino? ¿Que lo oía embobada mil veces? No presume, no sabe que yo soy mujer muy capaz de odiar a una misma persona del día a la noche.

DA. CAMINO.—No te exaltes, criatura; no te exaltes.

AMADA.—Deje usted que me exalte, señora; esto es veneno que echo fuera de mí. ¿Qué me aconseja usted que haga?

DA. CAMINO.—Hija, para quitarse moscas de encima, cada uno adopta su sistema... Según los casos. Mi marido me llevó en una ocasión a casa un tenorio de éstos; que se aficionó a comer con nosotros un día sí y otro no. A la segunda vez que me puso los ojos en blanco, hice que le sirvieran todos los platos cargados de sal. Aguantó quince días. Se pasaba las noches bebiendo agua. No hay Don Juan que resista el ridículo.

AMADA.—No, no; pues yo no tengo calma ni humor para estas burlas en un caso así. Yo veré lo que hago; pero será otra cosa; muy otra cosa.

Vuelve Roquita.

ROQUITA.—¿Vamos, doña Camino?

DA. CAMINO.—Vamos. ¿Consiguió usted lo que pretendía de ese caballero?

ROQUITA.—¡Sí, señora! ¡Si es la persona más servicial que yo he conocido! Descartándola a usted, que

les gana a todas. ¿No es verdad, tía, qque es muy servicial Tulio?

AMADA.—Sí; es muy servicial.

ROQUITA.—¡Y muy amable! Hasta cuando niega las cosas hay que darle las gracias. Sabe revestir la negativa de una delicadeza, de una bondad... Yo encuentro que es un hombre singularísimo.

AMADA.—(*Mortificada, sin saber por qué.*) ¡Qué entusiasmo!

ROQUITA.—¿Entusiasmo? No... no es entusiasmo; es... Bueno, sí: es entusiasmo. ¿Vámonos, doña Camino? ¿Le ha dicho usted a Amada...?

DA. CAMINO.—No.

ROQUITA.—Voy con doña Camino a ver si entre ella y el padre Selva colocamos en un Asilo a un pequeñín que ha quedado huérfano. ¡Un sueño de criatura! ¡Más mono! ¡Más inteligente!

AMADA.—(*Distraída.*) Sí.

ROQUITA.—Luego vendré a charlar contigo un rato.

AMADA.—Bien; como quieras.

DA. CAMINO.—Adiós, niña mía. ¿Hasta mañana?

AMADA.—Hasta mañana. ¡Si es que no me llego a verla esta noche!

DA. CAMINO.—A tu gusto. Ahora, quieta aquí.

AMADA.—Quieta aquí.

ROQUITA.—Hasta luego, tía.

AMADA.—Adiós.

ROQUITA.—(*Yéndose por la puerta de la derecha con doña Camino.*) Para nuestro pleito he conseguido también una carta del abispo de Madrid-Alcalá y otra de Landero, que es del Patronato de Anormales.

AMADA.—(*Después de una pausa llena de planes vengativos.*) ¡Me indigna, me subleva! ¡Que hayan pensado que yo puedo traicionar a Laurencio, no se lo perdono!

En esto sale Tulio por la puerta de la izquierda, buscando a Amada para despedirse, y se detiene sorprendido de la singular actitud en que la ve.

TULIO.—¿Qué es eso, Amada?

AMADA.—¡Tulio!

TULIO.—¿Habla usted sola?

AMADA.—¡Sí!

TULIO.—Le llamean a usted los ojos; le arden las mejillas. ¿Contra quién es esa indignación?

AMADA.—¡Precisamente contra usted!

TULIO.—¿Contra mí?

AMADA.—¡Contra usted! Digo mal; no. Contra mí misma; contra mí.

TULIO.—¡Pues hay gran diferencia!

AMADA.—Puede parecerlo, quizá. ¿Y Laurencio?

TULIO.—Allá en la galería, dándole galletas con coñac al Pollo Lavalle, para que se vaya de la lengua; como se le dan a los loros. ¡Ya sabe usted lo que a él le divierte!...

AMADA.—¿Isidra no está allí también?

TULIO.—También. Aburrida de los cuentos y de la charla, se adormila en una mecedora. Yo venía a decirle a usted adiós... o hasta luego...

AMADA.—¿Me quiere usted escuchar un instante?

TULIO.—¡Amada! ¿Por qué me pregunta usted lo que sabe sin necesidad de que yo le conteste?

AMADA.—Como se iba usted ya...

TULIO.—Me iba justamente porque usted no estaba allí con nosotros. (*A una mirada de ella.*) A usted le consta que la oiga en esta casa con más gusto que a nadie.

AMADA.—Ahora tal vez no.

TULIO.—¿Eh?

AMADA.—¿Le sorprende?

TULIO.—Sí.

AMADA.—¿De veras que le sorprende?

TULIO.—Me está usted pareciendo otra persona.

AMADA.—¿Y también esto le sorprende?

TULIO.—¿Cómo no, si desconozco las razones del cambio?

AMADA.—Pues va usted a oirlas, y tal vez no le descubra a usted nada.

TULIO.—Según.

AMADA.—Yo no soy mujer de matices ni de eufemismos: soy muy franca; muy noble.

TULIO.—Y a mí me enamora esa condición.

AMADA.—Me alegro; porque así, si le digo a usted algo que le disguste, como está usted enamorado de mi franqueza, me lo disculpará.

TULIO.—Creo que no habrá ocasión.

AMADA.—Amigo mío, la fama de una mujer casada es un cristal que se empaña sólo con el calor de una mirada ardiente. Pero ¿cómo impide una mujer las miradas de nadie, ni menos las de aquellas personas a quienes recibe por amigos; a quienes abre confiadas las puertas de su hogar; a quienes invita a su mesa?

TULIO.—¿A dónde va usted a parar?

AMADA.—A decirle a usted que sus visitas y ese encanto que a usted, según acaba de confesarme, le produce mi condición, la gente ha dado en traducirlos de modo desfavorable para mí.

TULIO.—¡No, señora!

AMADA.—¡Sí, señor!

TULIO.—¿Quién ha dicho eso?

AMADA.—¡La gente; la gente!... La murmuración, la calumnia en voz baja, que arma más ruido que los gritos en mitad de la calle.

TULIO.—¡Pues no ha llegado a mis oídos todavía!

AMADA.—(*Irónicamente.*) ¿No, verdad?

TULIO.—No, por cierto. Si personas hay en Madrid bien reputadas, ninguna lo está mejor que usted.

AMADA.—He ahí por qué, amigo mío, usted no debe extrañar que yo sea celosa de mi tesoro y que desee conservarlo íntegro. Para lo cual, yo estimo indispensable...

TULIO.—Basta; no siga usted: se lo suplico. Quiero evitarle la violencia de decirme lo que me iba a decir.

AMADA.—Violencia, ninguna.

TULIO.—De todos modos. Yo estoy a la disposición de usted; yo haré lo que usted quiera; pero antes deseo disipar la nube en que la veo a usted envuelta ahora mismo; o procurarlo, al menos. Le repito a usted

que ese ambiente perjudicial a su buen nombre, y del cual vengo a ser yo la única víctima, no existe; no es más que una figuración de alguien, cuando no pretexto de alguna voluntad codiciosa, que desee ganarla a usted para sí enteramente. ¡Vale usted tantísimo!

AMADA.—Yo no tengo motivo alguno para dudar de las personas que me han hablado de ello.

TULIO.—¿Y sí para dudar de mí?

AMADA.—Sí.

TULIO.—¿Cuáles son? Y ahora le ruego que emplee conmigo toda su habitual franqueza. ¿De qué me acusa usted?

AMADA.—(*Cohibiéndose un punto, ante la enérgica actitud de su enamorado.*) Ya le dije a usted que esperaba que me disculpase...

TULIO.—Y yo a usted que no habría ocasión; pero aquí no se trata de pasar por ninguna crudeza de forma, sino de defenderme yo de una acusación del todo injusta. Le ruego a usted que la concrete. ¿Qué queja fundada tiene de mí, para llevarla hasta insinuarme que me retire de su trato?

AMADA.—Yo no he dicho tal cosa.

TULIO.—Porque yo estorbé que usted lo dijera; pero su intención era llegar ahí.

AMADA.—(*Turbada.*) Sí... mi intención, sí...

TULIO.—¿Lo confiesa usted?

AMADA.—Lo confieso.

TULIO.—Y ¿por qué es eso, Amada? ¿Qué me reprocha usted? Mi sorpresa es grande, tan grande como mi disgusto; porque lejos de temer yo su enoojo, creía contar con la confianza de usted, con su agrado, con su simpatía...

AMADA.—¡Y contaba usted!

TULIO.—¡Contaba! Menos mal. Eso sería por algo. No me engañé yo. Pero.. ¿ya no cuento?

AMADA.—(*Tímidamente.*) No.

TULIO.—(*Con amargura.*) ¿No?

AMADA.—(*Desconcertada, vacilante.*) No... Sí... ¡Si es otra cosa, Tulio!

TULIO.—¿Otra cosa? ¿Qué cosa es?

AMADA.—Otra cosa... no confundamos... La calumnia... Yo no afirmo que en la intención de usted... pero los hechos... las gentes los interpretan a su antojo... La maledicencia no siempre se apoya en realidades... inventa en el viento... La calumnia...

TULIO.—La calumnia, supuesto que la haya, sólo acorrala a quien la teme.

AMADA.—Pues yo la temo; y por eso le salgo al paso; porque no quiero verme acorralada. Y aquí no son todo fantasías tampoco; porque usted... si bien lo mira... usted.

TULIO.—¿Yo, qué? ¡Esto es lo que quiero que usted me aclare!

AMADA.—¡Son cien detalles, para recordarlos ahora en un minuto! Cada uno solo, parece que no tiene importancia; pero si se juntan... ¿Cómo entró usted en esta casa, se acuerda usted?

TULIO.—¿Cómo entré? ¡Por amistad de su marido!

AMADA.—¡Pero ocultándole que ya nos conocíamos cuando nos presentó! ¿Por qué hizo usted aquello?

TULIO.—Fué un hecho fortuito, amiga mía. Ya lo comentamos entonces. Usted también calló, en la turbación del momento... Y convinimos en que, en rigor, no valía la pena de advertirle...

AMADA.—Y, en efecto, no valía la pena... si usted fuese un amigo leal de Laurencio.

TULIO.—¿Eh? ¿Duda usted que lo sea?

AMADA.—(*Bajando la voz.*) Ya lo he dicho.

TULIO.—No, Amada; eso, no. Esa es la mayor ofensa que usted puede hacerme; eso no se me puede decir a mí sin probarlo.

AMADA.—¿Sin probarlo? ¡Yo no lo miro a usted una vez que no encuentre sus ojos clavados en mí!

TULIO.—¡Igual me pasa a mí con usted!

AMADA.—¿Qué quiere usted significarme?

TULIO.—¡La puerilidad del reproche! ¿Qué hemos de hacer sino mirarnos, si hemos de tratarnos y de hablar? Si el Padre Selva desea también que alguien

le hable a usted sin mirarla, que la encierre en un calabozo. ¡Pero como entre un rayo de luz!...

AMADA.—¿A qué sale ahora el Padre Selva?

TULIO.—No sale ahora; hace ya tiempo que ha salido, y que se interpone entre usted y yo.

AMADA.—¡Nunca! Le aseguro a usted que el Padre Selva no me ha dicho una palabra de todo esto.

TULIO.—Es muy hábil: manda a quien las diga por él.

AMADA.—¿Manda a quien las diga?

TULIO.—¡Evidentemente!...... (*Viéndola ya un poco dudosa.*) ¿Qué más cargos hay contra mí?

AMADA.—Haga usted examen de conciencia, y no me pregunte a mí tampoco por su parte lo que de sobra tiene contestado. (*Vivamente, como quien cree haber hallado de pronto una razón de fuerza.*) Pero, en fin, dígame—se me ocurre ahora:—¿por qué procura usted venir a verme cuando no está en casa mi marido?

TULIO.—No es mía la culpa de que su marido de usted no esté nunca en casa.

AMADA.—(*Pasándose ingenuamente al enemigo.*) Eso sí que es verdad.

TULIO.—Y como eso, todo.

AMADA.—¿Como eso, todo?

TULIO.—Cuando puedo, vengo con él; cuando él no está, que suele ser frecuentemente, me marcho sin intentar que usted me reciba...

AMADA.—(*Sugestionada ya por él.*) Que yo lo reciba...

TULIO.—Una sola vez me recibió usted sola...

AMADA.—Una sola vez... también es verdad...

TULIO.—Y yo, al observar cierta leve violencia de usted, le hice una visita de médico.

AMADA.—De médico, sí.

TULIO.—Después de aquel día, no he vuelto más, sino cuando Laurencio ha querido traerme.

AMADA.—Es verdad... es verdad... ¿Usted oye esto, doña Camino?

TULIO.—(*Sonriendo.*) ¡Ah! ¿También está aquí doña Camino?

Amada.—¡No; por Dios, Tulio!... Disimule usted... Es que me distraigo...

Tulio.—No, no es distracción; es otra cosa... Es obsesión, Amada.

Amada.—Sea lo que sea... Descarte usted lo que haya podido parecerle desagradable de cuanto le he dicho, pero póngase usted en la realidad... Reflexione... reflexione...

Tulio.—Reflexionaré... Es más: frecuentaré de hoy en adelante menos esta casa, y lentamente me iré alejando de ella, por consideración a este estado actual del ánimo de usted, y desde luego cuidando de no hacerlo de modo que sorprenda al propio Laurencio... Todo, antes que hacerle, por malas artes, pensar a él en lo que no existe; en lo que no está sino en la malicia de contadas personas.

Amada.—Yo le agradezco a usted...

Tulio.—Y por lo que toca a sus mentores, a su mentor, más bien, no estará de más que le diga que las mujeres virtuosas, de la estirpe moral de usted, no han menester en la vida de consejos tan burdos.

Amada.—Cuando los guía la mejor intención...

Tulio.—Para quien los da.

Amada.—¡Tulio!

Tulio.—Perdóneme usted, finalmente, que yo estimo en tanto ya la amistad de usted, que he de hacer los imposibles por no perderla.

Amada.—Por no perderla...

Tulio.—Una amistad así, amiga mía, es para un hombre como yo el mejor regalo; es como una compensación espiritual de algo que se añora; un delicioso punto de apoyo en la vida; una cierta felicidad... que huele a rosas... ¡tan pura!... ¡tan grata...!

Amada.—Entonces...

Tulio.—Entonces... ¿puedo seguir llamándome su amigo?...

Amada.—No sabría decirle que no... después de haberle oído esas palabras.

Tulio.—¡Gracias! ¡Lo esperaba de usted!

AMADA.—Estoy confusa... Deseo verme sola un gran rato... recogerme en mí misma. Mi alma va de un lado a otro ¡de tan buena fe siempre!... Permítame usted.

TULIO.—Adiós, Amada. (*Ella lo mira.*) Tiene usted un nombre que no se puede pronunciar con indiferencia.

AMADA.—Adiós, Tulio. (*Sube.*)

Tulio la ve subir con delectación, hasta que desaparece. Luego toma un cigarrillo de una caja que hay allí a mano, lo enciende y fuma. Se siente satisfecho, orgulloso.

TULIO.—¡Lleva en sí esta mujer muchas almas, para poder prenderlas en la rejilla de un confesonario! (*Se deja caer en una butaca.*) El humo de este cigarrillo finge en el aire figuras extrañas, caprichosas. Ahora mismo veo al Padre Selva que se está tirando de los pelos. ¡Ja, ja, ja!

Salen por la puerta de la izquierda Laurencio y el Pollo Lallave, que han almorzado fuerte.

LALLAVE.—¡Pero si está éste aquí todavía!

LAURENCIO.—¡Pero, hombre! ¿Cómo es esto?

TULIO.—Tu mujer, que me ha entretenido charlando. Me marchaba apestado de vuestras tonterías, y me regaló ella con su palique. Hasta ahora mismo ha estado aquí.

LALLAVE.—Es que, con permiso de éste, la conversación de Amada es un ensueño. Con tu permiso, he dicho.

LAURENCIO.—¡Tú lo tienes!

LALLAVE.—Yo estoy realmente enamorado de tu mujer. Con tu permiso.

LAURENCIO.—¡Tú lo tienes!

LALLAVE.—Antes, ¿eh, Tulio? solía yo compararla, por su discreción y delicadeza, con una princesa del siglo XVIII...

LAURENCIO.—¡Siempre pensando en sus contemporáneos!

TULIO.—¡Siempre!

Lallave.—¡Lo que os dé la gana! Pero ahora, que la veo como nimbada de misticismo...

Laurencio.—¡Jesús! ¡Nimbada! ¡Qué merluza tienes!

Lallave.—¡Lo que os dé la gana! Pero ahora, que la veo como nimbada de misticismo...

Laurencio.—A ver.

Lallave.—No te rías, estúpido. Se me antoja una especie de Santa Teresa con traje de moda.

Laurencio.—¡Jesús! (*A Tulio.*) ¡Cuidado que dice simplezas al cabo del día!

Tulio.—¡Ja, ja, ja! ¡Y asegura Cervantes que el entendimiento suele mejorarse con los años!

Laurencio.—Hay excepciones; ya lo ves.

Lallave.—La excepción sería que alguna vez en cinco minutos no sacáseis a colación mi edad. ¡Qué tema más antipático y más manido! Otra de las cosas que me encantan a mí de tu mujer... de quien me encantan muchas; con tu permiso, es que es probablemente la única persona de Madrid que tiene el buen gusto de no darme bromas con los años. Porque tu mujer tiene muy buen gusto.

Tulio.—Una vez creo yo que lo perdió.

Laurencio.—¡Y yo también lo creo!

Tulio.—¡Ja, ja, ja!

Lallave.—Pues ya digo: jamás me echa en cara si soy viejo o si dejo de serlo. ¡Jamás!

Laurencio.—¡Jamás! Y ahora menos que nunca.

Lallave.—¿Eh?

Laurencio.—Sí, hombre. Es lógico: en este sarampión religioso que la ha acometido, no pensando más que en la vida eterna, ¡tú le tienes que parecer una criatura!

Lallave.—¡Bueno! (*Volviéndose a Tulio.*) ¡Hay que matarlo o que dejarlo!

Tulio.—¡Pues déjalo! Es lo mejor que haces.

Lallave.—(*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Canástoles!

Laurencio.—¿Qué te ocurre? ¿Has recordado de pronto a punto fijo la edad qque tienes?

LALLAVE.—¡No es cosa de broma, majadero! ¡No traía otra cosa en la cabeza; estamos reunidos hace tres horas charlando disparates, y me iba a ir a la calle sin decírtela!

TULIO.—¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a Madrid la *Francesca?*

LAURENCIO.—¿Te amenaza con el vitriolo? ¡Sería una lástima de cutis! ¡Una piel de tanta duración!

LALLAVE.—¡Merecías que me lo callara! Ten formalidad alguna vez, hombre. Te repito que no es caso de broma. (*Toma precauciones para asegurarse de que nadie puede escucharlo, mientras los dos amigos comentan el lance entre sí con gestos de burla.*) Se trata de algo grave, que puede comprometer inclusive la tranquilidad de tu hogar.

LAURENCIO.—Mucho es eso.

LALLAVE.—¿Mucho? Tu mujer, ¿ha recibido un anónimo?

LAURENCIO.—Que yo sepa, no.

LALLAVE.—Pues va a recibirlo.

LAURENCIO.—¿Hola?

LALLAVE.—Y yo sé quien lo ha escrito y lo que en él le dice.

LAURENCIO.—¡Hola, hola! ¡Me dejas atónito!

LALLAVE.—Le dice ce por be, sin rodeos, nada menos sino que tienes una amante; que se llama Concha la Marisquera; dónde vive, cuándo y cómo la visitas tú... ¡todo, en una palabra! ¡Pelos y señales de todo! ¡Ríete ahora; ríete!

LAURENCIO.—¿Que me he de reir? Pero ¿quién ha sido capaz de semejante infamia?

LALLAVE.—¿No lo presumes? A poco que pienses...

LAURENCIO.—¿Quién?

LALLAVE.—¡Enriqueta!

LAURENCIO.—¿Enriqueta? ¿La de Bustillo?

LALLAVE.—¡La de Bustillo! ¡Que está desesperada y rabiosa, porque ella soñaba con haber veraneado con tu mujer, y tu mujer la dejó plantada y se fué con doña Camino a Limpias, y a Lourdes y a qué sé yo dónde!

Laurencio.—Pero, bueno, querido Paco: ¿cómo has podido tú averiguar eso? ¿Quién te ha dicho a ti eso?

Lallave.—¿Quién me lo ha dicho a mí? Anoche fué. Sí, anoche. ¿Quién me lo dijo? Tengo la seguridad de que fué anoche; pero ¿quién me lo dijo?

Laurencio.—Te sacaré de dudas; te lo dije yo.

Lallave.—¿Cómo tú?

Laurencio.—Yo, yo mismo: cenando juntos en la Peña.

Lallave.—¿En la Peña? ¿Anoche? ¡Es verdad! ¡*Veuve Clicquot!* (*Con desolación.*) ¡Cabeza perdida!

Laurencio y Tulio rompen a reir.

Tulio.—Pero ¡qué mala sangre tienes! ¡Cómo lo has empapado en la muleta!

Laurencio.—¡A ver si lo curo! Y, además, pollo, no te dije que Amada iba a recibir ese anónimo, sino que lo ha recibido ya.

Lallave.—¿Que lo ha recibido? ¡Canástoles! ¿Y qué?

Laurencio.—¡Nada, hombre! ¿Quién hace caso de un anónimo? ¡Bastaron dos palabras mías para que nos riéramos juntos de él, como ahora de ti! Le dije que el anónimo era de un criado a quien despedimos el otro día. Y se convenció. ¿Ha de quebrarse la dicha de un matrimonio por tan poca cosa? ¡Medrados estaríamos!

Lallave.—Pues yo que tú no lo tomaría así; porque, como todo es verdad, si esa mujer insiste...

Laurencio.—¡No te apures! ¡No me he ahogar en tan poca agua! Amada cree en mí como en el Evangelio. Siempre me sobrarán recursos para persuadirla... En último caso diría que sí, que es cierto que yo voy a ratos a su casa; pero que el amante eres tú.

Lallave.—¿Yo? ¡Eso no lo cree nadie!

Laurencio.—¡O éste!

Tulio.—(*Sorprendido.*) ¡Hombre!... Ten la bondad...

Laurencio.—¡Ay, qué gracia! ¿Ahora te va a ruborizar que mi mujer crea que tienes una amante?...

Tulio.—¡Bah, bah! Eres capaz de todo.

LALLAVE.—(*Asustado de pronto.*) ¡Canástoles!

LAURENCIO.—¿Otra vez, hombre? ¡No nos asustes más!

LALLAVE.—(*Señalando a la puerta de la izquierda.*) ¡Mira y dime si no hay razón ahora!

LAURENCIO.—¡Enriqueta!

TULIO.—¿Enriqueta?

LAURENCIO.—Es valiente de veras esta mujer.

TULIO.—Vendrá a ver qué estragos ha hecho su bomba.

LAURENCIO.—¡Oh! Pues a mi mujer no le da disgustos nadie más que yo, que se los disipo en seguida. Voy a confundirla con mi amabilidad, para aguarle el mal vino que traiga. Ni en paz ni en guerra he vuelto nunca la cara al enemigo. (*Adelantándose a saludar a Enriqueta, que aparece.*) ¡Enriqueta!

ENRIQUETA.—¡Laurencio! ¿Cómo va? He entrado por aquí, creyendo encontrarlos aún en la galería.

LAURENCIO.—¡Tanto bueno por esta casa!

ENRIQUETA.—¡Eso digo yo!

TULIO.—Señora...

LALLAVE.—Enriqueta...

ENRIQUETA.—¿Y Amada? Ya veo que tiene usted aquí a los cabales.

LAURENCIO.—Ahora bajará.

ENRIQUETA.—Sí; me ha visto llegar desde su balcón.

LAURENCIO.—¡Se habrá alegrado tanto!

ENRIQUETA.—No sé, no sé...

LAURENCIO.—¿No lo sabe usted, desagradecida? ¡Con lo que se quieren ustedes!... ¡Y con el tiempo que hace que no viene usted por aquí! ¡Dos meses lo menos!... ¿Cómo se explica tan larga ausencia, amiga mía? ¿Cómo ni siquiera ha cogido usted la pluma para ponerle a Amada cuatro renglones? Ingrata; más que ingrata.

ENRIQUETA.—La ingrata soy yo, ¿no es verdad? Sí, sí; yo soy la ingrata. Se anticipa usted a quejarse para que no se le quejen a usted. Es recurso de hombre casado. Bustillo lo emplea con frecuencia.

LAURENCIO.—¡Bustillo! ¡Es verdad, que no le he preguntado a usted por él! ¿Cómo anda ese hombre?

ENRIQUETA.—Encantado con su mujer.

LAURENCIO.—¡Como yo con la mía!

ENRIQUETA.—No sé si como usted; pero está encantado. Y eso que usted, al presente, tiene dobles motivos para estar satisfecho.

LAURENCIO.—¿Por qué?

ENRIQUETA.—No se haga usted el tonto. Entre unos y otros la han alejado del infierno; de la perdición a que, por lo visto iba a llevarla mi amistad...

TULIO.—¿Usted cree...?

ENRIQUETA.—Todos lo han creído en esta casa.

LAURENCIO.—¡Jesús, qué cosas oigo!

ENRIQUETA.—Y ahora parece que ya va en camino de perfección; que está en un plan de ayunos, de mortificaciones, de penitencias... ¿Se prepara quizá para meterse en un convento el día que enviude?

LAURENCIO.—Pudiera ser; pero ¡va para largo!

Risas.

LALLAVE.—No sería difícil, si se diera el caso de la viudez, ¡porque, pareja más enamorada!....

ENRIQUETA.—Ha querido usted guiñarle a Laurencio, y me ha guiñado a mí.

Nuevas risas.

LALLAVE.—No guiñaba, monina; dejaba caer el monóculo.

LAURENCIO.—En serio, Enriqueta: usted, mejor que nadie, conoce a Amada, y sabe lo fácil que es a la fascinación ajena. Ahora le ha tocado un poco el turno a la vida beata. ¿Qué mal hay en ello? ¡Ya cambiarán las tornas! Mi mujer es agua que refleja siempre el cielo o la nube que se le acerca. (*En tono de burla.*) ¿Qué les ha parecido a ustedes esta imagen?

ENRIQUETA.—¡Preciosa!

LALLAVE.—¡Y muy nueva!

LAURENCIO.—¡Ah! ¡Pues si la encuentras nueva tú!...

LALLAVE.—¡Dale, bola!

LAURENCIO.—Pero, créalo usted, amiga mía: Ama-

da, mi Amada, al ir y al volver de estas aventuras espirituales, antes y después de ellas, siempre está conmigo. Yo soy, por fortuna, el único imán de su constancia. ¿Verdad que estoy inspirado esta tarde?

ENRIQUETA.—Es el tema, que lo puede todo.

LALLAVE.—¡Y el coñac, que no se queda atrás!

TULIO.—(*Despidiéndose.*) Enriqueta...

ENRIQUETA.—¿Se marcha usted?

TULIO.—Sí; me aguardan para oir un poco de música.

ENRIQUETA.—¿Más música?

TULIO.—De otro género.

LALLAVE.—¡Música sabia! ¡Que Wágner te sea leve! ¡Oh, qué hombre! ¡Y le levantan por ahí estatuas! ¡No puedo con él!

TULIO.—Hasta luego, buena gente; hasta luego. (*Se va.*)

LAURENCIO.—Anda con Dios. Ya baja Amada.

ENRIQUETA.—Sentiré haberla importunado. Estaré con ella diez minutos.

LAURENCIO.—¿Sólo diez minutos? ¡No sea usted cruel!

ENRIQUETA.—Vengo con poco tiempo. Me voy mañana fuera de Madrid, y antes quiero arreglarme las manos, la boca, la cabeza...

LAURENCIO.—¿Quién le arregla a usted la cabeza?

ENRIQUETA.—¿Es ironía?

LAURENCIO.—No, señora; es para recordárselo a éste. Le hace mucha falta.

LALLAVE.—¡Siempre es bueno que haya niños delante!

LAURENCIO.—Ya lo oye usted: ¡niños!

ENRIQUETA.—Veo que el buen humor es permanente en esta casa.

LAURENCIO.—Permanente. Como el ondulado que a usted le gusta.

ENRIQUETA.—(*Viendo a Amada, que aparece en la escalera en este momento.*) ¡Pichona! ¿Vengo en mala ocasión?

AMADA.—¿Quieres callar? No he bajado antes por-

que estaba terminando una carta. ¡Tanto tiempo!... ¿Cómo estás, Enriqueta; cómo estás?

ENRIQUETA.—(*Besándola con efusión.*) Bien, ¿y tú, pichona? ¡Tenía hambre de besarte!

AMADA.—¡Jesús, hambre!

ENRIQUETA.—¡Hambre, hambre; no hay otra palabra!

AMADA.—¡Siempre tan expresiva! Siéntate.

ENRIQUETA.—Poquito tiempo, que no quiero estorbarte.

AMADA.—Calla, mujer! Mira que incomodo.

LAURENCIO.—Bueno, pues yo me llevo a éste por ahí a darle un paseo para que le baje sangre a las piernas.

ENRIQUETA.—¿Ah, sí? ¿Se van ustedes?

LAURENCIO.—Sí. Hay que ponerse en todo. Dos mujeres que hace un par de meses que no se hablan, tienen conversación para un par de días. No necesitan acompañantes.

ENRIQUETA.—Que no sirva yo de pretexto.

LAURENCIO.—Yo no suelo encontrar nunca pretextos tan bonitos.

ENRIQUETA.—¿Y esa? A saber dónde irán ustedes ahora.

LAURENCIO.—Después del paseo me meteré con el Pollo en un cine, para que duerma un poco. Nada más inocente. Voy de niñera.

LALLAVE.—¡El Pollo siempre de pantalla!

ENRIQUETA.—¡Y que lo diga usted!

LAURENCIO.—Adiós, Enriqueta.

ENRIQUETA.—Adiós, Laurencio.

LAURENCIO.—(*A Amada.*) Hasta luego, nena.

AMADA.—Adiós. ¿Vendrás a cenar?

LAURENCIO.—¡Claro! (*Al pollo Lallave.*) Despídete, hombre; que te estás durmiendo de pie.

LALLAVE.—¡Qué ganso eres! ¿Cómo me he de dormir ante estas bellezas? Es que entorno los ojos, porque las veo mejor.

LAURENCIO.—Anda, anda.

LALLAVE.—Amada, agradecidísimo. A los pies de usted, Enriqueta.

ENRIQUETA.—Beso a usted la mano.

LALLAVE.—(*Yéndose del brazo de Laurencio.*) Afectos a Rosillo.

LAURENCIO.—¿A quién?

LALLAVE.—A su esposo.

LAURENCIO.—¡Si su esposo se llama Bustillo!

LALLAVE.—¡Es verdad; que Rosillo es el que se casó con su hermana!

LAURENCIO.—¡Si no tiene hermana, hombre de Dios! ¡Te ha vuelto el juicio la última copa! ¡Ja, ja, ja!

Se van por la puerta de la derecha.

ENRIQUETA.—No pierde el humor tu marido.

AMADA.—No lo pierde; gracias a Dios. Y si lo perdiera, con traerse a Lallave a almorzar, santo remedio.

ENRIQUETA.—Es feliz, es feliz el hombre, donde los haya.

AMADA.—¿Laurencio? ¡Oh! Disfruta de la vida como pocos seres. Tiene una alegría generosa que se lo alumbra todo.

ENRIQUETA.—¡Y además una mujer que lo quiere *tanto!*...

AMADA.—¡Tanto, sí! Bien puedes subrayar la palabra.

ENRIQUETA.—Nada: matrimonio modelo. Cuéntame, mujer; cuéntame cosas.

AMADA.—Cuéntamelas tú, que entras y sales, que andas por el mundo más que yo.

ENRIQUETA.—Es verdad que tú ahora haces poco menos que una vida conventual.

AMADA.—No digas tonterías.

ENRIQUETA.—¿Cómo lleva tu marido este cambio? Porque yo, que siempre he creído que las casas no deben oler a cera, sino a claveles, me hago cruces. ¿Cómo lo lleva? ¡Él, tan aficionado a la diversión, a la bullanga!...

AMADA.—Él respeta siempre de buen grado lo que considera mi gusto, mi felicidad.

Enriqueta.—(*Con intención.*) ¿Y estás a la recíproca?

Amada.—¡Naturalmente!

Enriqueta.—¡Pues no es poca suerte! ¡Una tolerancia mutua de caprichos!

Amada.—No sé por qué lo extrañas; no es de ahora; es de siempre. Sobre que mi casa no huele a cera, como has dicho. Podrá oler a paz, a sosiego; pero a otra cosa, no. Y menos, a cera.

Enriqueta.—¡Quita, mujer! ¡Si se cuentan de ti cosas edificantes!...

Amada.—¡Vamos!

Enriqueta.—¡Como que yo venía a pedirte como reliquia un pedacito de cualquier vestido!

Amada.—Eso no tiene gracia, Enriqueta; ni es digno de nuestra amistad.

Enriqueta.—Que ha sufrido un eclipse, ya que la nombras.

Amada.—¡Porque te has eclipsado tú!

Enriqueta.—A las tres veces que se me hace un desaire...

Amada.—¿Desaire? Yo no te he hecho ninguno. Lo que no puedo es seguirte en tu vida de aturdimiento, de agitación continua, de exhibición a todo trance...

Enriqueta.—¿Será ahora?

Amada.—En algún momento había de ser. Yo te quiero mucho, pero mi espíritu estaba necesitado de reposo, de recogimiento, de modestia. He sofocado, si no pasiones, malos deseos, caprichos estériles, vanidades ridículas... Dios me ha ayudado a ello.

Enriqueta.—¿Por medio de cuáles ministros?

Amada.—Eso no importa. A Dios le agradezco esta templanza, y vivo contenta.

Silencio.

Enriqueta.—Pues, pichona, yo no sé cómo interpretarás esta visita mía; pero yo vengo a turbar las aguas del lago.

Amada.—¿Estás segura?

Enriqueta.—Una chinita es, y hace círculos... Por

limpia de levadura de la tierra que se halle tu alma... Vamos a ver, contéstame: si tú supieras algún día que yo estaba en ridículo ante la sociedad o que me amenazaba algún riesgo, ¿me avisarías?

AMADA.—Probablemente, sí.

ENRIQUETA.—¿Probablemente, nada más?

AMADA.—Seguramente.

ENRIQUETA.—Pues basta de preámbulos. El último escrúpulo que me detenía acaba de volar. Óyeme, pichona.

AMADA.—Ya te oigo. ¿Qué me vas a decir?

ENRIQUETA.—Algo del... traidorzuelo... del tunantuelo de tu marido. Vamos a quitarle dureza a las palabras.

AMADA.—¿Tunantuelo?... ¿Traidorzuelo?... ¿A ver?...

ENRIQUETA.—Sí, hija mía, sí. Laurencio, con esa capita de hombre complaciente—acaso por lo mismo y para despistar se pone esa capita,—está muy distraído. ¡Pero muy distraído!

AMADA.—Mejor para él.

ENRIQUETA.—Es que hay distracciones de distracciones, pichona. ¿Te has vuelto simple, o me lo quieres hacer a mí?

AMADA.—¡Ah, vamos! ¿Te refieres a la patraña de la amiguita?

ENRIQUETA.—¿A la patraña?

AMADA.—A la patraña, sí. Creí que sería otra cosa. Ha sido una invención de un criado a quien despedimos por... por ladronzuelo... ¡Y también ha llegado a ti! ¡Bendito sea Dios, cómo crece y se difunde la mala semilla! ¿Algún anónimo?

ENRIQUETA.—(*Turbada.*) Justo: un anónimo.

AMADA.—¡Como a mí! ¡Claro! ¡Sabiendo nuestra amistad...! ¡Traidorzuelo!... Él es el traidorzuelo. ¡Un hombre que ha comido el pan de esta casa más de tres años!... ¿Te dirá que Laurencio tiene una amante?

ENRIQUETA.—¡Con todas sus letras!

AMADA.—¿En la calle de García de Paredes?

ENRIQUETA.—De García de Paredes.

AMADA.—¿Que se llama Concha la Marisquera?

ENRIQUETA.—Eso es; de Cádiz.

AMADA.—No; de Málaga.

ENRIQUETA.—De Málaga, sí.

AMADA.—Hija de un guitarrista célebre.

ENRIQUETA.—¡Cabal! ¡Lo sabes todo!

AMADA.—¡Todo! ¡Lo que me han escrito!

ENRIQUETA.—¿Y no lo crees?

AMADA.—¡Qué tontería!

ENRIQUETA.—¿Por qué?

AMADA.—¡Porque es una mentira, Enriqueta; una ruin venganza!

ENRIQUETA.—¿Quién te lo afirma?

AMADA.—Quien puede: Laurencio, mi marido.

ENRIQUETA.—Pero, pichona, ¿vas a hacerle caso en este asunto a tu marido?

AMADA.—¿Se lo voy a hacer a un lacayo?

ENRIQUETA.—¿Y si no fuese a un lacayo sólo? ¿Y si yo te probase que todo ello es verdad?

AMADA.—¿Tú?

ENRIQUETA.—Yo.

AMADA.—¡Mira lo que dices, Enriqueta!

ENRIQUETA.—¡Que es verdad, te digo! ¡Que es verdad!

AMADA.—¡Oh, no! ¡No es verdad! ¡Laurencio no me engaña! ¡Es que envidian todos mi ventura! ¡Pero eso no es verdad, no es verdad!

ENRIQUETA.—¿No es verdad?

AMADA.—¡No es verdad! ¡A ti te han mentido también! ¡Mienten los que lo digan; mienten! (*En súbita reacción de templanza.*) Pero si no mintieran, Dios mío, si fuese verdad, tú me aconsejarías lo mejor.

ENRIQUETA.—Mira, pichona, si lo vas a tomar en místico...

AMADA.—Lo tomaré como Dios me inspire. ¡Pero no es verdad; no es verdad!

ENRIQUETA.—Tiempo y medios tienes para averiguarlo. Yo he cumplido con un deber de amistad que me quitaba el sueño.

AMADA.—Y yo te lo agradezco de veras.

ENRIQUETA.—Bien puedes. Enterarse de una traición así y callarla, es hacerse cómplice de ella. Y yo tendré muchos defectos, muchos—Dios me los aumente; ¡ay qué digo!, Dios me los corrija;—pero soy leal y lo seré hasta que me muera. Vigila a tu marido.

AMADA.—No me parece necesario.

ENRIQUETA.—¿No, eh? Adiós. Me voy. Me es imposible resistir esta flema. Es indudable que estás cambiando mucho. En mis tiempos, hace cuatro meses, al enterarte de una cosa así, hubieras arañado a Laurencio.

AMADA.—Los tiempos cambian.

ENRIQUETA.—Por supuesto, después de todo, quizás estés tan apacible porque no me crees; porque supones que he venido a contarte un infundio.

AMADA.—Acaso.

ENRIQUETA.—¡Cuando descubras la verdad, será ella! ¡A pesar de la beatería! ¡Quisiera yo verte!

AMADA.—Pues si la descubro... te avisaré para que me veas.

ENRIQUETA.—¡Me irrita tu ceguedad, tu calma!

AMADA.—Y a mí me entristece tu cólera.

ENRIQUETA.—No estoy para frases. Adiós, pichona. (*La besa con ahinco.*) ¡Adiós! ¡Adiós!

AMADA.—¡Qué besos, mujer! ¡Son martillazos!

ENRIQUETA.—¿También te molestan ya mis besos?

AMADA.—¿Quién ha dicho tal cosa, Enriqueta?

ENRIQUETA.—¡Vaya un desengaño de amiga! ¡No salgas!

AMADA.—Pero, mujer...

ENRIQUETA.—¡No salgas!

AMADA.—Ea, pues no saldré.

ENRIQUETA.—Así. (*Se va disparada.*)

(*Dios libre a Bustillo de un devaneo.*)

AMADA.—Adiós, mujer, adiós... ¡Me hablas a mí de desengaños, y has venido con el deseo de verme despechada, descompuesta de celos! ¡Merecías que te hubiera dicho todo lo que sé de tu casa!... (*Pausa.*)

¡Y qué duda me deja!... ¡Qué espina!... ¡Laurencio!... Pero ¿será posible?... ¡No! ¡No!

Por la puerta de la izquierda viene Isidra

ISIDRA.—Oye, ¿se ha ido ya todo el mundo? Me he quedado un rato traspuesta en la galería... ¿Con quién hablabas tú?

AMADA.—Con Enriqueta.

ISIDRA.—¿Con Enriqueta? ¿Qué me cuentas?

AMADA.—Acaba de marcharse.

ISIDRA.—¿Se le pasó ya el pique?

AMADA.—Por las señas, no; porque ha querido darme un disgusto.

ISIDRA.—Y te lo ha dado.

AMADA.—¡No!

ISIDRA.—¿Cómo que no? ¿Hay más que mirarte?

AMADA.—Te digo que no. ¡No me preguntes nada!

ISIDRA.—Ya cierro mi pico.

Llega Roquita por la puerta de la derecha. Viene un poco indignada. Isidra la atiende más que Amada, a quien el veneno de los celos le mina ya el corazón y el espíritu.

ROQUITA.—¡Aquí estoy otra vez!

ISIDRA.—¡Roquita!

AMADA.—¡Roquita!

ROQUITA.—¡Se ha lucido tu padre Selva!

AMADA.—¿Eh?

ROQUITA.—¡Se ha lucido! Con tantas ínfulas de ser el amo de Madrid, y no consigue que me den en un asilo un hueco para esa criatura. ¡Que no hay vacantes! ¡Que no hay plazas! ¡Vaya un chiste! ¡Pues porque no las hay se busca su influencia! ¿Qué falta nos habría hecho si las hubiese? ¡Se ha lucido!

AMADA.—¡Vaya por Dios, mujer!

ISIDRA.—¿Y qué vas a hacer con ese chico entonces?

ROQUITA.—¡Veremos lo que se me ocurre! ¡A mi casa no lo voy a llevar, con ciento y la madre que somos! Ahí lo he dejado ahora, en la portería, con Molina y Domingo, hasta ver si decido algo. ¿No se

os ocurre nada a vosotras? ¡Porque yo tengo agotada la maginación!

ISIDRA.—¡Pobre crío! ¿Cómo se llama?

ROQUITA.—Pascualín. Es digno de verse el personaje. Yo le he puesto, para cubrirle los guiñapos y las carnes, una americana vieja de uno de mis hermanos, y hemos llamado la atención por ahí.

ISIDRA.—¡Pobre crío! ¿Es anormal, de los que tú educas?

ROQUITA.—¡No! ¿Qué ha de serlo? ¡Tan normal como tú y yo!

ISIDRA.—¿Y no tiene familia ninguna?

ROQUITA.—De la poca que tiene quiero yo arrancarlo. Es una gentuza sin entrañas. Oye, Amada: a ti qué te sucede?

AMADA.—¡Nada!

ROQUITA.—¿Cómo que nada? A mí no me finjas, porque no te creo. Y además, porque no es tu escuela. ¿Qué te sucede?

AMADA.—¡Que no es mi escuela, dice! (*Sonriéndole.*) No tengo nada, tonta.

ROQUITA.—¿Tú sabes algo, Isidra?

ISIDRA.—No; tampoco ha querido decírmelo.

ROQUITA.—¡Ni falta que nos hace, si lo miras bien! ¿Qué ha de tener más que una consecuencia de la vida absurda que lleva; de la soledad en que vive?

AMADA.—¿Que yo vivo sola?

ROQUITA.—Sola, sí; siempre con gente alrededor, pero sola. Yo no he visto un espíritu más solo que el tuyo, tía. Eres casada, pareces feliz, y vives divorciada de tu marido.

AMADA.—¿Divorciada? ¡No!

ROQUITA.—¡Divorciada, sí! ¡Divorciada! ¡A cien leguas de él, y él a cien leguas tuyas! ¿Qué matrimonio es éste?

ISIDRA.—Dice bien, dice bien Roquita.

ROQUITA.—Así estás: siempre a merced del primero que se te acerque queriendo cautivarte...

AMADA.—¡No tanto!

ROQUITA.—¡O del aire que te sople más cerca, si te agrada más! Dicen que eres cera, que eres barro...

AMADA.—¡Barro pecador!

ROQUITA.—¿Y quién no lo es, tía? ¿Quién no es barro pecador en este mundo? ¿Quién no ha menester unas manos que con amor lo labren? Los débiles necesitan de los fuertes, y aun los más fuertes son débiles alguna vez y buscan otro pecho que los conforte. ¡Qué necia o qué simple ha de ser la persona que pretenda vivir aislada, por sí misma, sin la influencia ni el reflejo de nadie! Todo esto se lo debía haber yo espetado al padre Selva, y te lo suelto a ti. ¡Estoy furiosa! ¿Qué haré con Pascualín, Señor?

AMADA.—¡Ay, Roquita!... ¡Si yo tuviera un hijo!

ISIDRA.—¡Ah!

ROQUITA.—¿Un hijo deseas tú tener? ¡Pues tenlo!

AMADA.—¿Que lo tenga?

ROQUITA.—¿Por qué no lo tienes?

AMADA.—¡Estas sabias preguntan unas cosas...!

ROQUITA.—¡No hay nada más sencillo!

AMADA.—¡Mujer! Mira, no nos vayas a dar una explicación científica.

ISIDRA.—¡Que estoy yo delante!

ROQUITA.—No, no temáis; no es científica la explicación que voy a daros; es humana, sencillamente. Se tienen en la vida los hijos que se quieren tener. Yo tengo unos pocos.

AMADA.—¿Tú?

ROQUITA.—Os voy a descubrir el Mediterráneo. No son nuestros hijos tan sólo los hijos del amor, de la sangre. Todos esos seres infelices con quienes yo trato, degenerados, torpes, incapaces para la vida, con las huellas en su organismo de las enfermedades más implacables, todos ésos, todos, son hijos míos: ¡hijos de mi alma!

AMADA.—¡Hijos de tu alma!...

ROQUITA.—¿No es así, tía?

AMADA.—Así es; como tú lo dices.

ROQUITA.—¡Entonces...!

AMADA.—Entonces, ¿qué?

ROQUITA.—¿A qué esperas? Pero ¿no me entiendes?

ISIDRA.—¡Yo sí! ¡Y eso que soy tonta!

ROQUITA.—¿Tú, sí? ¡Y ella también me entiende! ¿No suspirabas por un hijo? ¡Pues ya que Dios no te lo da, búscatelo tú! ¡Cuántos huérfanos hay que desean un hogar! Yo no te digo que te traigas al tuyo a uno de estos despojos sociales de mi parroquia, a los que yo voy despertándoles la inteligencia como puedo; pero ¡tráete a otro, a otro cualquiera, que alegre tu casa, que llene tus horas vacías, que te ayude a completar tu amor de esposa y a saciar tu ternura de madre!

AMADA.—¡Mi ternura de madre!...

ROQUITA.—¡Tráete a ese mismo Pascualín que está ahí fuera, esperando, como un perrillo que se vende, saber el amo que le ha de tocar!

AMADA.—¡Pascualín! ¿Está ahí fuera?...

ROQUITA.—En la portería; con Molina y Domingo. Tráetelo a tu casa, y no tú sola, sino Laurencio y tú, haced de él un lazo que os acerque; queredlo, educadlo, vedlo crecer, convertidlo en un hombrecillo; salvadlo, en fin, de todos los peligros a que lo empuja la orfandad, la miseria y el hambre. ¡Qué satisfacción! ¡Qué alegría!

AMADA.—(*Conmovida, a Isidra.*) Dile a Molina que lo traiga.

ISIDRA.—¡Ahora mismo! (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ROQUITA.—¡Cómo me alegro de que lo conozcas! ¡Ya verás qué chiquillo! ¡Lo miras, y ya tiene gracia! ¡Lo vas a querer!

AMADA.—¡Lo voy a querer!

ROQUITA.—Porque, tía, hay quien viene al mundo con la maldición de ser irremisiblemente un malvado, un idiota, un enfermo; pero hay muchos seres que nacen con capacidad para todo, lo mismo lo bueno que lo malo... y ésos...

AMADA.—¡Barro pecador!

ROQUITA.—Juesto: barro pecador. Esos, según las manos en que dan, se pierden o se salvan.

AMADA.—¡Según las manos en que dan!

ROQUITA.—Aquí está nuestro héroe.

Vuelve Isidra acompañada de Molina y de Pascualín. Molina lo trae de su mano. Tiene cinco o seis años a lo más, y hace reir por la traza en que viene.

AMADA.—(*Viéndolo aparecer.*) ¡Ah!... ¡Qué gracioso!

ISIDRA.—Es notable, notable.

AMADA.—¡Jesús! ¡Qué facha! ¡Pobrecito!

ROQUITA.—Ven acá, Pascualín; esta señora quiere darte un beso.

MOLINA.—¡Más gitano es!

AMADA.—(*Tomándolo de la mano de Roquita.*) Ven, ven; no tengas miedo.

MOLINA.—¡Qué va a tené, señora!

AMADA.—Toma un besito. Dámelo tú también. Así. ¡Qué simpático! ¿Cómo te llamas?

PASCUALÍN.—Pascalín.

AMADA.—Pascualín. ¿Y qué más? (*El chiquillo se encoge de hombros.*) ¿Qué más?

PASCUALÍN.—Pascalín na más.

AMADA.—¿Te gusta a ti esta casa?

PASCUALÍN.—(*Mirando a todas partes.*) Sí.

AMADA.—¿Te gustaría vivir en esta casa?

PASCUALÍN.—(*Sacudiendo los dedos.*) ¡Ya lo queo! (*Risas.*)

MOLINA.—No se corta, no. Pregúntele la señora lo que quiere sé.

AMADA.—Vamos a ver, Pascualín: ¿qué quieres ser tú?

PASCUALÍN.—Ladón.

ROQUITA.—¿Qué?

PASCUALÍN.—Ladón.

ROQUITA.—¿Ladrón?

PASCUALÍN.—Sí.

ROQUITA.—¿Quién te ha enseñado eso?

AMADA.—¡Ah, no, no! Si quieres ser ladrón, no te quedas aquí conmigo.

PASCUALÍN.—¿No?

AMADA.—No. Has de ser otra cosa. ¿Qué quiere ser?

PASCUALÍN.—Saquistán. (*Todos ríen otra vez, y Amada de muy buena gana.*)

AMADA.—¡Eso ya me parece mejor! ¡Sacristán ¡Qué idea!

MOLINA.—(*A Isidra, confidencialmente.*) Pos com a la señora le caiga en grasia er niño, ¡un hospisi vamos a tené aquí er mes que viene!

ISIDRA.—¡Así le caerá a usted algo que hacer!

AMADA.—Dime, Pascualín: ¿te acuerdas tú much de tu padre?

PASCUALÍN.—Yo no tengo pade.

AMADA.—¿No tienes padre?

PASCUALÍN.—No. Se ha merto.

AMADA.—¿Se ha muerto? ¿Y de tu madre?

PASCUALÍN.—Tampoco tengo made.

AMADA.—¿Tampoco tienes madre?

PASCUALÍN.—Tampoco. Se ha merto tambén.

AMADA.—¿También? ¿Estás solito entonces?

PASCUALÍN.—Solito. (*Señalando a Roquita.*) Co ésta.

ROQUITA.—No tiene a nadie. Necesita de todos.

AMADA.—¿Y tú no te acuerdas de tu madre? (*Pa cualín vuelve a encogerse de hombros. Amada lo m ra tiernamente entonces, y atrayéndolo hacia sí y ac riciándolo, dice*: ¡Hijo de mi alma! (*Roquita, en s lencio, saborea su victoria.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

A las dos semanas del anterior y en el mismo sitio. Es por la tarde y ya están encendidas las luces. Isidra y el Pollo Lallave conversan amigablemente.

Isidra.—Conque ya ve usted si ha habido novedales en quince días.

Lallave.—Ya, ya. ¡Dichosas novedades! Y a ti ¿no e ha salido novio?

Isidra.—Esa sería mucha novedad.

Lallave.—¿Sigues esperándome?

Isidra.—Lo parece, al menos. ¿Qué ha sido de used estas dos semanas?

Lallave.—¿No lo sabes, mujer? He estado en una inca de campo con unos amigos. Me comprometieon... ¡Hombres solos!... ¡Aburridísimo! El campo es para los bichos y para los tontos, nada más. Detesto la égloga!

Isidra.—¡Ah! ¿no le gusta a usted el campo?

Lallave.—Ya lo estás oyendo.

Isidra.—Pues a mí me encanta. ¡Qué atardeceres! Y qué noches!...

Lallave.—¡Sí! ¡Sobre todo, las noches! ¡Delicioas! Te pica una araña en un ojo, como a mí me ocurió, y ya has hecho la temporada. Se me puso como in tomate. ¡Un picor, unas molestias, eche usted ponadas!... ¡Comodísimo! ¡Me hubieras oído entones hablar de Virgilio y de Fray Luis!... ¡Farsanes!

Isidra.—Porque usted es un comodón.

Lallave.—Oye una cosa, nena: ¿quién me ha diho a mí—o lo he soñado yo—que Amada y Laurenio han prohijado a un niño?

Isidra.—¡Don Paco! ¡Yo!

Lallave.—¿Tú?

Isidra.—¡Hace dos minutos!

Lallave.—Debí temérmelo. ¡Ayayay!... (*Tocándose con aire pesimista la cabeza.*) ¡Esto ya es un queso podrido! No te convengo, nena.

Isidra.—Eso me estaba maliciando yo.

Lallave.—¡Pues también con el niño ajeno se van a distraer éstos mucho! Es cosa que da muy buenos resultados. ¡Excelentes!

Isidra.—Amada está muy contenta con él, pero Laurencio no acaba de tragarlo. Ya ha habido entre ellos más de un rifirrafe a cuenta del niño.

Lallave.—¡Y los que habrá, si sigue en la casa! A ningún marido sin hijos le agrada que se le recuerde que no los tiene. ¡Un niño de un albañil en la casa propia es muy desagradable! Los niños, que los aguanten sus papás.

Isidra.—¿Ha merendado usted fuerte, don Paco?

Lllave.—No, por cierto. Muy a mi gusto, sí. Con unas chiquitas jerezanas amigas mías... Me han dado tres pastelitos deliciosos y dos copitas de *Matusalén.*

Isidra.—¿De *Matusalén?*

Lallave.—Sí: de *Matusalén;* sin sonrisita maliciosa. Un vino de dioses. (*A Molina, que sale por la puerta de la derecha.*) ¡Hola, Molineja!

Molina.—¡Hola, don Paco! ¡Cuántos días sin verlo a usted!

Lallave.—Dime: ¿dónde podría yo encontrar ahora a tu señorito?

Molina.—No lo sé. Hoy es uno de esos días en que faya er *Saragosano.* La señora quizá lo sepa.

Lallave.—¿La señora? Con tu venia, Isidrita.

Isidra.—Sí, señor.

Lallave.—(*Llevándose a Molina aparte.*) Óyeme ¿es cierto que don Tulio se marcha?

Molina.—Sí, señó.

Lallave.—¿A dónde? ¿A París?

Molina.—A París. Vaya con Dios bendito.

LALLAVE.—Vaya con Dios.

MOLINA.—Presume er don Tulio un poquito más e la cuenta. ¿No cree usted?

LALLAVE.—Presume, presume. Cree que les quema a las mujeres las alas con sus ojos. ¡Petulante!

MOLINA.—Sí; es una miajita pavo reá. Vaya con Dios.

LALLAVE.—Yo nunca he sido así. Cuando los amigos me han preguntado en broma, envidiándome alguna conquista: «Paco, ¿qué les das?», siempre les he respondido lo mismo: «¡Dinero!»

MOLINA.—Eso está gracioso.

LALLAVE.—Claro que esa respuesta la daba yo cuando yo tenía dinero. ¡No sé el tiempo que hace!

MOLINA.—A don Tulio se le podría contá aquer chascarriyo der moscón.

LALLAVE.—¿El del moscón? No caigo.

Isidra, apenas oye la palabra chascarrillo, entorna los ojos. La acomete un sueño mortal.

MOLINA.—¡Pos es muy antiguo. Un borracho que iba de noche pa su casa en Seviya, y de pronto un moscón le da un testaraso en la frente. Y er borracho lo busca en el aire y le dise, como encarándose con é: «Pero, hombre, si no ves, ¿pá qué sales de noche?»

LALLAVE.—¡Ja, ja, ja! No lo conocía!

MOLINA.—Y eso le diría yo a don Tulio: «Si no ves, ¿pa qué sales de noche?»

LALLAVE.—Según me ha referido ésta—se ha dormido,—el señorito don Laurencio anda un poco descompuesto estos días.

MOLINA.—Sí, señó. Y también la señora. Yantos ha habío y toa la pesca. Sopla Levante.

LALLAVE.—¡Gajes del matrimonio! El matrimonio es una institución vetusta, llamada a desaparecer.

MOLINA.—Pos lo que es la señora de acá no pué sé más buena.

LALLAVE.—¡Con todo! Te voy a contar yo a ti otro chascarrillo, también andaluz.

MOLINA.—¡Venga!

LALLAVE.—¿Isidrita? Sigue dormida. No tiene nada

de particular, pero... Es un buen hombre que va a confesarse y le dice al cura: «Padre, me acuso de que no me gusta el merengue de fresa.» «Hijo, eso no es pecado!—le objeta el sacerdote.—Pero ¿por qué no te gusta una cosa tan rica?» «Padre, porque me lo ponen de postre a diario.» «Hijo, pues no lo comas más que cuando quieras.» «No puedo, padre.» «Por qué no puedes, hijo?» «Padre, porque es mi mujer, a quien yo le llamo el *merengue de fresa.*»

MOLINA.—¡Ja, ja, ja! ¡La má de oportuno!

A Isidra le entra una risa que apenas puede contener. El Pollo Lallave lo advierte.

LALLAVE.—¿Qué le sucede a ésta? ¿Está soñando?

MOLINA.—No tendría na de particulá.

LALLAVE.—Pues me contaron anoche uno aragonés, que es para revolcarse. Un fraile que padecía dolor de muelas...

Isidra se levanta como por resorte y se va por la puerta de la izquierda.

ISIDRA.—¡Ese es muy fuerte!

LALLAVE.—¿Eh? ¿Qué ha sido?

MOLINA.—No sé. Será que ha sentío a la señora, que ahí baja.

LALLAVE.—¡Ah! ¡Baja la señora! Pues se acabó el cuento. Anda con Dios.

MOLINA.—Hasta luego, don Paco. (*Acercándosele un instante.*) ¿Va usté a í por Garsía de Paredes?

LALLAVE.—Eso pensaba.

MOLINA.—Pero también ayí sopla Levante. Don Laurencio busca la salía. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

LALLAVE.—¡Bah! Me tocará a mí consolar a la paloma. No será la primera vez.

Baja Amada, acompañada de Roquita. Trae revuelto el ánimo.

AMADA.—¡Vaya! ¡Ya pareció el perdido!

LALLAVE.—¿Eh?

AMADA.—¡Era lo único que me faltaba!

LALLAVE.—¿Cómo? (*Saludándolas.*) Amada... Roquita... Tanto gusto... No he querido interrumpirlas en su confidencia.

AMADA.—Ha hecho usted bien. ¡Yo creí que se había usted muerto!

LALLAVE.—¿Eh?

AMADA.—¡Un siglo sin venir por aquí, y otro que usted tiene!...

LALLAVE.—¿Se me ha echado de menos?

AMADA.—¡Mucho!

LALLAVE.—(*Sin querer enterarse.*) Eso me halaga extraordinariamente.

AMADA.—Yo pensé: ¡vaya, con los primeros fríos la entregó el Pollo! ¡No hay plazo que no se cumpla!

LALLAVE.—¡Je! ¿Y Laurencio?

AMADA.—Usted lo sabrá mejor que yo.

LALLAVE.—¿Yo? ¡Si acabo de llegar de la Sierra, criatura!

AMADA.—No es inconveniente. Usted las caza al vuelo. ¡La costumbre de andar entre pájaras!

LALLAVE.—¡Canástoles! Me habla usted en un tono...

AMADA.—El que usted se merece.

LALLAVE.—¿Eh?

ROQUITA.—Amada, por Dios; ten en cuenta... Discúlpela usted, don Francisco. Está muy nerviosa.

LALLAVE.—Muy nerviosa; excesivamente nerviosa. Para mí, en una fase desconocida. Yo no la conocía en estos arrebatos ariscos.

AMADA.—Ni yo tampoco me conozco. Nadie conoce a nadie. Usted, ¿se conoce a sí mismo?

LALLAVE.—¡Puede que no!

AMADA.—¡Y mire usted si hace años que se trata!...

LALLAVE.—(*Queriendo echarlo a broma.*) ¡Bah! ¡Falló la excepción de la regla! ¡La única persona que no hablaba de mi edad!

AMADA.—¡Porque no me agrada la arqueología!

LALLAVE.—¡Bueno! Si usted me lo consiente, me retiro.

AMADA.—Vaya usted con Dios.

LALLAVE.—¿No me manda nada?

AMADA.—Sí; que me perdone.

LALLAVE.—¡Por Dios, Amadita! Hasta pronto. Roquita...

ROQUITA.—Que lo pase usted bien.

LALLAVE.—(*Confidencialmente.*) ¡Sopla Levante! ¡Un viento incomodosímo! No tengo nada que hacer aquí. (*Se va por la puerta de la derecha.*)

Parece que lleva las orejas calientes, pero no han cambiado de temperatura.

ROQUITA.—¡Lo has puesto en la calle!

AMADA.—¡Mejor!

ROQUITA.—Tía, pero ¿qué es esto? ¡Pobre hombre!

AMADA.—¡Pero, hombre! Ha de compadecerse a todo el mundo menos a mí.

ROQUITA.—¡Llevas unos días!...

AMADA.—Sí, sí; unos días en que nadie puede aguantarme. ¡Ni yo misma! ¡Ay, Dios! ¡Qué poco me ha durado aquella templanza; aquel bienestar de mi espíritu!

ROQUITA.—¿Por qué razón, tía?

AMADA.—Por muchas. Dios lo sabe. Enriqueta tuvo la culpa. No, no ha sido Enriqueta sola. ¡Qué sé yo! Siento alfilerazos por todas partes y no acierto a ver de dónde vienen. El caso es que no piso en terreno firme; que me falta el suelo. Vivía en un castillo de naipes y se me ha derrumbado de pronto.

ROQUITA.—Créeme que es un desgaste de tu imaginación lo que tienes.

AMADA.—¿De mi imaginación? ¡Ni por pienso! Es la realidad la que me hiere de mil maneras. ¿Por qué se me ha de ir ahora Pascualín? Vamos a ver: ¿por qué?

ROQUITA.—Mujer, todavía... ¿Quieres que yo le hable a Laurencio?

AMADA.—No.

ROQUITA.—Pues quizá consiguiera...

AMADA.—Te engañas. Sobre que Laurencio la ha tomado ya con el chico, y no ha de haber paz entre nosotros mientras el chico siga aquí. Que le estorba, que le fastidia, que no quiere niños de nadie...

ROQUITA.—¡Vaya por Dios! A lo mejor esos son celos.

AMADA.—¿Celos?

ROQUITA.—De que quieras a alguien más que a él. En los matrimonios hay celos de todo: de los padres, de los hermanos, de los amigos...

AMADA.—¡No; no son celos! Yo sé muy bien lo que son celos... y no son celos lo que él siente. ¡Sufro mucho, Roquita! ¡Y todo el mundo me cree tan dichosa!

ROQUITA.—Pero eres tú quien se busca el tormento.

AMADA.—¿Yo, verdad? Pues ¿por qué Laurencio me quita a Pascualín?

ROQUITA.—Quizá un hombre que no tenga hijos propios pueda sentirse mortificado...

AMADA.—¿Mortificado?

ROQUITA.—Y luego, como en realidad el chico es un poquito cafre...

AMADA.—Sí; eso, sí; es un poquito cafre. ¡Claro que eso mismo me hace a mí gracia! ¡Dice unas picardías!... Y con su media lengua ¡le salen tan saladas!...

ROQUITA.—Vale la pena de educarlo y de hacerlo hombre.

AMADA.—¿Verdad que sí?

ROQUITA.—No lo abandonaremos, no. Además, tiene suerte. Ya te he dicho que le ha salido otro padrino. Ya hay quien quiere llevárselo, si se va de aquí.

AMADA.—Sí; eso me has dicho. ¿Persona conocida mía?

ROQUITA.—Sí.

AMADA.—¿Quién es? Me alegro de que me sea conocida. ¿Quién es?

ROQUITA.—(*Con una particular emoción.*) Tulia.

AMADA.—(*Emocionada.*) ¿Tulio?

ROQUITA.—Sí; Tulio.

AMADA.—(*Procurando rehacerse.*) ¿Se lo va a llevar a sus abuelos?

ROQUITA.—Me ha hablado de un Colegio en París,

La cuestión es amparar al arbolillo; ponerle un tutor...

AMADA.—¡Claro!

ROQUITA.—Y como yo suelo ir a París con frecuencia... pues lo veré bastante.

AMADA.—¿A Tulio?

ROQUITA.—A Pascualín. Y a Tulio también, naturalmente.

AMADA.—¡Claro! Supongo que nadie verá mal que yo le agradezca eso a Tulio.

ROQUITA.—¡Nadie! Tulio es un hombre de corazón.

AMADA.—De corazón y de talento.

ROQUITA.—(*Sonriéndole con intención y bajando la voz institivamente.*) Y está enamorado de ti.

AMADA.—¿De mí? ¿Qué dices?

ROQUITA.—De ti, sí; está enamorado. Por difícil que sea leer en su frente, yo he sabido leer.

AMADA.—Y ¿has leído eso?

ROQUITA.—He leído que lamenta que no seas libre.

AMADA.—¡Sí que sabes leer! Así mismo me lo declara en una carta de despedida que me ha escrito. La ha hecho llegar a mí por medio de Segunda, mi doncella. ¡A quien voy a poner en la calle, como comprenderás!

ROQUITA.—Y ¿te dice eso mismo?

AMADA.—¡Y cien cosas galantes más! ¡Qué carta, Roquita! Tengo que confesarme de ella. Porque la he escondido. Me ha faltado decisión para quemarla sin volverla a leer.

ROQUITA.—Pues quémala, quémala; que eso es peor que Pascualín.

AMADA.—Al final me dice: «¡Quién tuviese en la vida una compañera cuya sombra fuese uno mismo! Detrás o delante de su cuerpo; según donde estuviese la luna.»

ROQUITA.—(*Temblorosa.*) ¡Hermosas palabras para oídas por una mujer que pudiera escucharlas libremente!

AMADA.—¿Verdad que sí? (*Deleitándose en la re-*

petición de las palabras.) «¡Detrás o delante de su cuerpo... según donde estuviese la luna....»

ROQUITA.—¿Viene por aquí?

AMADA.—¿Quién? ¿Tulio?

ROQUITA.—Sí.

AMADA.—Algunas tardes... Viene y me obliga a tocar el piano, que yo tenía olvidado ya... ¡Como es tan aficionado a la buena música!...

ROQUITA.—Laurencio también, ¿no?

AMADA.—También. Pero a Laurencio le gusta más la música ligera.

Sale por la puerta de la izquierda Isidra, en traje de calle.

ISIDRA.—¿Quieres algo de la calle, Amada?

AMADA.—No.

ROQUITA.—Yo me voy contigo. ¿A dónde vas?

ISIDRA.—Al correo.

ROQUITA.—¿Al correo? ¿A estas horas? ¿Vas en *taxi?*

ISIDRA.—¡Ca! Voy a pie. Si lo de menos es la carta. Salgo por hacer ejercicio. No quiero engordar.

ROQUITA.—¿Tú? ¡No te preocupes!

AMADA.—No lleva ese camino, ¿verdad?

ROQUITA.—¡Todo lo contrario!

ISIDRA.—Pero vale más curarse en salud. A diario escribo mi cartita, y pián, pianito, voy a echarla al correo. Este paseo no me lo quita nadie.

ROQUITA.—Y ¿para quién es esa carta diaria?

ISIDRA.—Para mí.

ROQUITA.—¿Cómo para ti?

ISIDRA.—Para mí, para mí. ¡Si no es más que motivo para el paseo! Me escribo a mí misma y me contesto al día siguiente.

ROQUITA.—(*Asombrada.*) ¡Señores!...

AMADA.—(*Riendo.*) ¡Tiene mucha razón Pascualín!

ROQUITA.— ¿Qué dice Pascualín?

AMADA.—¡Que es tonta *pedía!*

ISIDRA.—¡Ja, ja, ja!

ROQUITA.—Y sí que lo es.

ISIDRA.—¡Y debo de serlo, porque coincide todo el mundo!... ¡Y a mí ha llegado ya a hacerme gracia!

ROQUITA.—También lo creo. Anda, vámonos.

AMADA.—¿Vendrás a cenar luego?

ROQUITA.—Sí, sí; descuida.

AMADA.—Pues id con Dios.

ISIDRA.—Hasta ahora.

Se marcha con Roquita por la puerta de la derecha. Pausa. Amada va y viene indecisa.

AMADA.—¡Pobre Pascualín! ¡Qué lástima que me lo quiten!... Y menos mal... ¿Dónde andará ahora?... (*Llamando hacia la izquierda.*) ¡Pascualín! ¡Pascualín!

En la puerta de la derecha aparace Tulio.

TULIO.—¿Amada?

AMADA.—¿Eh? (*Volviéndose.*) ¡Tulio!

TULIO.—¿No me esperaba usted?

AMADA.—¡No! Después de su carta...

TULIO.—Discúlpeme. Ya le diré...

AMADA.—¿Ha visto a Isidra y a Roquita?

TULIO.—Sí. Me he encontrado con ellas. Y les he ofrecido mi coche. Pero a la cuenta quieren dar un paseo.

AMADA.—Sí.

TULIO.—Cálmese usted, amiga mía... La veo a usted confusa, turbada... Nada tema. Otra vez le pido disculpa. No sé si es valor o cobardía; pero después de escrita la carta despidiéndome, he deseado venir a decirle a usted adiós frente a frente.

AMADA.—¿Sabe usted que ahora no está en casa Laurencio? La verdad.

TULIO.—La verdad; sí.

AMADA.—¿Por qué ha venido entonces, Tulio?

TULIO.—Porque mi adiós trae consigo algo que a Laurencio molesta; y hubiera sido más que indiscreto hablar ante él...

AMADA.—No comprendo...

TULIO.—¿No comprende? Déjeme usted seguir. Ya le he advertido a usted que nada tema.

AMADA.—A pesar de ello... Nada debiera nunca temer de usted, y temo, sin embargo... ¿Qué doble fondo hay en fin de todas sus acciones, que siempre me hace usted recelar?...

TULIO.—¡Amada! ¡Amiga mía!

AMADA.—Sí. ¿Por qué me asegura usted en su carta que se despide de mí por escrito para no enojarme con su presencia, y aun para no llegar sino hasta donde quiera con la pluma, y viene luego a pesar de ello? Yo perdono esa carta...

TULIO.—¿La perdona usted?

AMADA.—¡Y ya es bastante! Más que por lo que expresamente dice, por lo que sugiere... ¡Ya es bastante que la perdone! ¡Para que venga usted a verme a sabiendas de que estoy sola... y después de esta carta, eso, Tulio, no puedo pasarlo sin protesta!

TULIO.—¿Ni aun cuando le diga que quien principalmente me trae es Pascualín?

AMADA.—¿Pascualín?

TULIO.—Pascualín.

AMADA.—Eso dirá usted; pero esta vez no me lo creo del todo.

TULIO.—Pues es cierto. De ahí que haya preferido que Laurencio no esté. ¡Laurencio lo detesta! ¡Pobre chico!

AMADA.—No, no es que lo deteste; es que le incomoda, que le fastidia...

TULIO.—¡Que no lo puede ver! No le dé usted vueltas. Lo tiraría por un balcón, si le valiese.

AMADA.—¡Jesús!

TULIO.—¡Si conoceré yo a Laurencio!

AMADA.—¿Y yo, no?

TULIO.—Peor que yo; porque le ha traído usted a su casa lo que más puede exasperarlo: ¡un niño! Jamás he visto a Laurencio detenerse con una criatura, tomarle la carita, darle unos cuartos para carame-

los... ¡Jamás! ¡Tiene Laurencio otras ternuras... pero le falta esa.

AMADA.—¿A usted, no?

TULIO.—A mí, no. La prueba es que le he prometido a Roquita llevarme a Pascualín conmigo a París, si sale de esta casa.

AMADA.—Acaba de decírmelo ella.

TULIO.—¡Ah! ¿Lo sabía usted ya?

AMADA.—Acaba de decírmelo.

TULIO.—Y ¿se ha alegrado usted? La verdad, Amada.

AMADA.—Me he alegrado, sí. Preferiría que se quedase aquí conmigo; pero me he algrado.

TULIO.—¿Le ha tomado usted ley?

AMADA.—¿Quién no?

TULIO.—¿Quién no?

AMADA.—Se hace querer... Bastaría para ello pensar en su desamparo, en su orfandad... Pero, además, ¡es tan travieso, tan tunante... y tan bonito!

TULIO.—¡Tan bonito! Usted misma me ha hecho quererlo a mí. Y además, Amada, voy a confesarle a usted un pequeño crimen: en la inocente carita de Pascualín... yo he robado algunos besos de usted.

AMADA.—¡Tulio!

TULIO.—No se enoje usted mucho, amiga mía.

AMADA.—¿No he de enojarme, si me ha ofendido usted?

TULIO.—No he creído ofenderla.

AMADA.—¿Diciéndome lo que me ha dicho?

TULIO.—¿Qué es lo punible: el hecho o la confesión de él?

AMADA.—¡Las dos cosas! (*Gravemente.*) ¿Cuándo se marcha usted a París?

TULIO.—Mañana.

AMADA.—Lo celebro. Y si quiere usted conservar mi amistad, esta amistad que tanto pondera, le aconsejo que en adelante sea más discreto; más comedido.

Tulio.—Lo seré. Me interesa ya la amistad de usted, me interesa usted más que todo en mi vida.

Amada.—¡No insista, Tulio!

Tulio.—En eso, ¿por qué no? Es mi sentir, Amada. Y usted no es responsable de ello.

Amada.—Pero creo que falto a mi deber oyéndoselo decir tantas veces. Una cosa es que yo, en lo íntimo de mi alma... (*Se detiene.*)

Tulio.—Siga usted.

Amada.—No; no sigo. Quede esto aquí.

Tulio.—A su gusto. Pero sí me permitirá usted decirle, sin la menor sombra de vanagloria por mi parte, para que mis palabras no puedan lastimarla ni ruborizarla, que me voy de España esta vez como nunca: con una incurable melancolía del corazón.

Amada.—¿Incurable? (*Palideciendo, temblando, a su pesar.*) Y ¿no se lleva usted ningún lenitivo?

Tulio.—¿Se refiere usted a esa criaturita?

Amada.—¡No! ¡A otra!

Tulio.—¿A otra?

Amada.—Sí; a otra... bastante menos inocente. ¿Va con usted también, o es tal vez el hecho forzoso de dejarla el que le produce esa melancolía incurable?

Tulio.—No tiene usted ninguna razón para burlarse así de mi sentimiento. ¿De qué me habla usted? ¿De quién me habla usted?

Amada.—No me ponga usted en el bochorno de decírselo. De más sabe usted a quién me refiero. ¡Es público y notorio en Madrid!

Tulio.—¿Qué, Amada?

Amada.—¡Que tiene usted una amante, señor! ¡Ya lo dije! ¿Qué pensaba usted, que soy tan simple que he de creerme cuanto a mí se refiera y no he de saber nada de lo demás?

Tulio.—En verdad, no me lo explico... Si todo lo malo que ha averiguado usted de mí es que tengo una amante...

Amada.—¿Se atrevería usted a negarlo, Tulio?

Tulio.—¡Como niego todo lo que no es cierto!

AMADA.—Le advierto a usted que a mí no me interesa que tenga usted una, dos, quince, veinte... ¡Me da lo msmo! Rubias, morenas, pelirrojas... ¡Igual me da! Si le he aludido a usted a ello ha sido porque me sublevo siempre contra la hipocresía; porque me ha dado rabia de oirlo a usted, pintándose tan melancólico a cuenta de esta despedida, cuando a lo mejor lo está usted a cuenta de la otra: ¡de la Conchita esa!

TULIO.—¡Ah!... ¡Qué horror, Amada!

AMADA.—¿Se avergüenza usted?

TULIO.—No de mí, ciertamente. ¿Es Laurencio quien le ha dicho a usted...?

AMADA.—Me lo ha dicho quien bien lo sabe.

TULIO.—No ha podido ser otro sino Laurencio. A nadie más que a él puede importarle que crea usted tamaña mentira.

AMADA.—¡Tulio!

TULIO.—Se me ataca con ella, y yo he de defenderme. Yo no tengo amante ninguna. Yo me voy a París con un amor nuevo: con la obsesión de una mujer a quien adoro...

AMADA.—¡Tulio!

TULIO.—(*Conteniendo la voz.*) ¡A quien adoro! Y con la tristeza de verla en brazos de quien no la merece!

AMADA.—¡Calle usted!

TULIO.—Ahora me es imposible callar. Pídale a Laurencio que le jure a usted por su vida que yo soy el amante de esa mujer.

AMADA.—¿Cómo?

TULIO.—¡Usted verá como no se lo jura!

AMADA.—¿Y si me lo jurase?

TULIO.—¡No lo crea tampoco! ¡No lo crea!

AMADA.—¡Oh! ¿Me engaña, entonces?

TULIO.—¡Sí!

AMADA.—¡Oh! ¿Es él quizá?... ¡Era verdad lo de Enriqueta! ¿Es él? ¡Oh! ¡Qué infamia! ¿Es él, Tulio, es él?

TULIO.—No conseguirá usted que yo lo acuse.

AMADA.—¡Oh, no! ¡Si ya no es preciso! ¡Si cien voces me lo vienen diciendo hace días! ¡Infame! Pero ¿cómo he estado tan ciega? Y ¿por qué le atribuye a usted...?

TULIO.—Liviandad... desenfado... Tal vez venganza de celos inconscientes...

AMADA.—¡No me hable usted de celos ahora, que he caído en el infierno de ellos! Una prueba pido a su lealtad, amigo Tulio.

TULIO.—Pida usted.

AMADA.—No invoco en este caso ni su amistad, tan exaltada por usted, ni mucho menos ese amor que me ha confesado hace un instante; no invoco más que mi desventura.

TULIO.—Pida usted.

AMADA.—Usted que, ahora se lo declaro, tantas veces ha hecho nacer en mi alma como una luz desconocida...

TULIO.—¡Amada!

AMADA.—Deme la luz que puede darme en estas tinieblas en que estoy. De tanto como quiero ver, voy ciega: lléveme usted de su mano. Usted sabe de él más que nadie: ¡dígame cuanto sepa!

TULIO.—(*Resistiéndose.*) Amada...

AMADA.—¡Dígame cuanto sepa! ¡Por cuanto callamos los dos! ¿Me lo dirá, Tulio?

TULIO.—¿Qué me pedirá usted que yo le niegue? Pero aquí, no.

AMADA.—¿Aquí, no? ¿Por qué?

TULIO.—No es discreto, Amada. Aquí, no. ¿Quién impide que él llegue?.. Usted no sabría reprimirse... disimular...

AMADA.—No, no sabría.

TULIO.—Y aunque él no llegase... las paredes oyen... Ese Molina es de una fidelidad de perro... No es prudente, no.

AMADA.—Entonces... ¡Yo no puedo vivir ya ni un minuto más sin saberlo todo!

TULIO.—Pues ahora mismo puede ser.

AMADA.—¿Ahora mismo? ¿Dónde?

TULIO.—Verá usted. Yo he de ir en seguida a casa de Enriqueta a decirle adiós.

AMADA.—¿A casa de Enriqueta?

TULIO.—Es amiga de usted.. Allí puede usted ir sin recelo de nadie... y allí coincidimos.

AMADA.—¿Ahora?

TULIO.—Ahora.

AMADA.—Conformes. Váyase usted y espéreme allí.

TULIO.—Bien.

AMADA.—Sí, sí; está bien, está bien. En casa de Enriqueta... Ella también sabe... Está bien. Le debo esta reparación.

TULIO.—Pues adiós, Amada. Allí la espero. No olvide usted que hago todo esto porque me lo ruega. Yo me hubiera callado siempre. Yo aspiraba a reinar en su alma de usted, no por agravios de él, no por traiciones suyas, sino por ser quien soy y como soy.

AMADA.—Silencio, Tulio... Déjeme. Espéreme usted allí.

TULIO.—Allí la espero.

AMADA.—¡Volando voy! (*Sube, murmurando atormentadamente.*) Sí, sí... Hay que vivir en la verdad. ¡Qué atroz desengaño! ¡Infame! ¡Infame!... ¡La verdad... saber la verdad!... ¡Toda! ¡toda!

TULIO.—(*Marchándose después de mirarla subir.*) ¡Ya es mía!

Pausa. Baja Molina considerando la extraña actitud en que ha visto a Amada entrar en sus habitaciones.

MOLINA.—¡Nunca he visto así a la señora! ¡Va sonámbula! (*Asomándose por la ventana del jardín.*) ¿Acabará de irse a Fransia ese mal ange? ¿A que le ha contao...? (*Se retira de la ventana y medita un poco. Así lo sorprende Laurencio, que por la puerta de la izquierda viene de la calle.*)

LAURENCIO.—¡Molina!

MOLINA.—¡Eh! Señorito, ¿usté?

LAURENCIO.—¿Te sorprendes? Pues ¿no me has visado por teléfono...?

MOLINA.—Que había yegao la hermana der señorito?

LAURENCIO.—Eso es.

MOLINA.—Y que quería hablá cuanto antes con er eñorito.

LAURENCIO.—Justo.

MOLINA.—Por resurta, señorito, que no hay tar osa... sino que me confundí... ¿usté me comprene?... Me confundí, porque... ¡Vamos!...

LAURENCIO.—(*Remedándolo.*) ¡Ya está!

MOLINA.—(*Cuadrándosele militarmente.*) Perdone sté, mi capitán, si pasé de la raya.

LAURENCIO.—Baja la mano. (*Dándole gabán y ombrero.*) Ten ahí. ¿Y la señora?

MOLINA.—Arriba en su cuarto creo que está.

LAURENCIO.—(*Con fingida indiferencia.*) ¿Ha venilo alquien?

MOLINA.—Er señorito Tulio ha estao de visita.

LAURENCIO.—¡Ah! ¿sí? ¿Ha habido música?

MOLINA.—No, señó. La visita ha sío aquí. Y ha esao hasta ahora mismo. Si er señorito yega a vení oor la puerta grande, aquí lo piya.

LAURENCIO.—No me interesa... ¿Alguien más?

MOLINA.—La profesora de los tontos.

LAURENCIO.—¿Roquita?

MOLINA.—Sí, señó. Con eya ha estao la señora harlando mucho tiempo. Paese sé que ya ha dado con uien se haga cargo der niño.

LAURENCIO.—¡Loado sea Dios! ¡Nos quitamos de ncima esa alhaja! ¿Quién es el benemérito; lo has ído?

MOLINA.—¿Er qué?

LAURENCIO.—La persona que ha de llevarse a Pasualín.

MOLINA.—Er señorito Tulio.

LAURENCIO.—(*Disimulando su contrariedad.*) ¡Caástoles!—como dice el Pollo.

MOLINA.—Se conoce que se va a meté también a naestro de escuela.

LAURENCIO.—No; es que es un espíritu filantrópico y exquisito... Sólo que todavía no sé yo lo que haremos con el niño ése... Tal vez haya yo exagerado...

MOLINA.—Don Paco Layave también ha estao aquí.

LAURENCIO.—¿Volvió ya de su francachela? Pues a ése siento no haberlo visto.

MOLINA.—Pos la señora, que no sé lo que ha comío en la merienda, le sortó un rosión que va a tardar en secarse.

LAURENCIO.—¿Sí, eh? Entonces tú me lo buscarás, que yo voy a necesitarlo.

MOLINA.—¡Ya está! Ayí.

LAURENCIO.—Allí, ¡claro! Déjame.

MOLINA.—¡Ya está! (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

LAURENCIO.—(*Después de un paseo silencioso.*) ¡Buenas lecciones me está dando la vida! ¡Necio seré si no las aprovecho todas! (*Amada se ha puesto abrigo y sombrero y baja anhelosa, a impulsos de la creciente obsesión que la posee. Flechada como va hacia la puerta, no repara en Laurencio. Éste, sorprendido al mirarla, se estremece de arriba abajo, sacudido por una brusca revelación.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? (*Deteniéndola con un grito en la misma puerta.*) ¡Amada! ¿Dónde vas?

AMADA.—*Volviéndose, aterrada, hacía él.*) ¡Oh!

LAURENCIO.—¿Dónde vas?

AMADA.—¡Jesús, Dios mío!

LAURENCIO.—(*Acercándosele.*) ¿Te has asustado?

AMADA.—¡Claro que sí!

LAURENCIO.—¿Por qué?

AMADA.—Porque no te esperaba.

LAURENCIO.—¿No me esperabas?

AMADA.—No... Te despediste hasta más tarde... Ibas a ir al teatro... No te esperaba, no...

LAURENCIO.—Bien denota tu turbación que no me esperabas.

AMADA.—¿Eh?

LAURENCIO.—¿A dónde vas?

AMADA.—(*Dominándose y desafiándolo.*) ¿Y tú, de dónde vienes?

LAURENCIO.—No eludas mi pregunta. Yo vengo a mi casa, y tú, que nunca sales de ella sin que lo sepa yo, ibas a salir ahora precipitadamente, con extraño anhelo, turbada, trastornada... ¡Has de explicarme esto! ¿A dónde ibas?

AMADA.—Tan mal acostumbrado te tengo a soportar con resignación tu abandono, que te alborotas porque en un instante, sin tu venia, me dispongo a ir a ver a una amiga.

LAURENCIO.—¿Y ese temblor en tus palabras?

AMADA.—¿Este temblor? ¿No será el temblor de tu conciencia, que llega a mí, como llega todo lo tuyo?

LAURENCIO.—¿De mi conciencia?... No sé lo que dices. Pero, en fin, ¿qué amiga es ésa a quien ibas a visitar tan impensadamente?

AMADA.—Enriqueta.

LAURENCIO.—¿Enriqueta?

AMADA.—Enriqueta, sí. Ya sé que no quieres que la vea; pero se me queja de mi alejamiento... y como yo tengo motivo... la verdad, le he avisado que iría un rato a hacerle compañía.

LAURENCIO.—¿A Enriqueta?

AMADA.—A Enriqueta; ya te lo he dicho.

LAURENCIO.—Pues iremos juntos.

AMADA.—Iremos juntos. Nada deseo nunca más que tu compañía. Iremos juntos a ver a Enriqueta. Y luego iremos juntos también adonde tú estabas.

LAURENCIO.—Yo estaba en el teatro.

AMADA.—Antes de ir al teatro.

LAURENCIO.—Antes, estaba aquí.

AMADA.—Me refiero a la estación intermedia.

LAURENCIO.—¡No involucres! ¡Para engañarme a mí hay que mentir un poco mejor!

AMADA.—¿Que yo miento?

LAURENCIO.—Dejo a un lado que me moleste ya

esta amistad tuya con Enriqueta, que es mujer que día a día va bajando por escalones muy resbaladizos, y pretende envolverte a ti para que la acompañes en sus aventuras; no he de insistir sobre ello en este instante. ¡Ahora lo que me importa es averiguar por qué me has mentido!

AMADA.—¡Yo no te he mentido, Laurencio!

LAURENCIO.—¡Sí, me has mentido, Amada!

AMADA.—¡Entre nosotros dos, todas las mentiras son tuyas!

LAURENCIO.—(*Sublevándose.*) ¡Pues alguna vez habías tú de empezar, por lo visto!

AMADA.—Me habré contagiado de tu boca.

LAURENCIO.—Contagio o no, mal puede esperarte esa mujer, que está ahora mismo en el teatro de donde yo vengo.

AMADA.—¿Enriqueta?

LAURENCIO.—Enriqueta. Está con su grupo... con su cortejo... y a cien leguas de esperar esta visita tuya.

AMADA.—(*Desconcertada.*) Entonces... entonces...

LAURENCIO.—¿Entonces, qué?

AMADA.—¡Habré yo sido víctima de un engaño más!... ¡Cómo vivo entre ellos!... (*Se quita y deja sombrero y abrigo.*)

LAURENCIO.—Otro contagio, ¿no? ¡Amada, es inútil que finjas!

AMADA.—¡Yo no sé fingir!

LAURENCIO.—¡Te habré enseñado yo también!

AMADA.—¡Es posible!

LAURENCIO.—Enriqueta no está en su casa; pero al pasar yo ahora por allí he visto entrar en ella a un amigo mío.

AMADA.—(*Delatándose.*) ¿Lo has visto entrar?

LAURENCIO.—¡Ah! ¡Cómo lo adiviné todo al mirarte! ¡No; yo no he visto entrar a ese hombre; esto sí que ha sido fingimiento para descubrir la comedia; pero ahora, sin más indagaciones ya, sé que se ha

marchado hace un momento de mi casa para esperarte allí! ¿Lo niegas?

AMADA.—¡No! ¡Allí me espera y allí iba yo!

LAURENCIO.—¡Pues iremos juntos!

AMADA.—¡Iremos! Pero no sin que sepas antes que yo llevaba la seguridad de encontrar a mi amiga; que ni en apariencia quería ofenderte; y que iba encendida de celos tuyos, a saber de ti y de tu vida todo lo que ellos, que la conocen, quisieran contarme.

LAURENCIO.—¡Ah, canalla!

AMADA.—¿Cuál? ¿Él o tú?

LAURENCIO.—¡Él, cien veces! ¡Y traidora tú, que le has dado oídos!

AMADA.—¿Yo, traidora? ¿Y me lo llamas tú?

LAURENCIO.—(*Yendo a ella y sacudiéndola violentamente en un terrible impulso de celos.*) ¡Amada, mi ciega confianza en ti me ha perdido! ¡Has de decirme hasta qué punto... hasta dónde, entre ese hombre y tú...! ¡Habla! ¡Habla! ¡Te escucho como nunca!

AMADA.—¡Qué dolor!... ¡Me escucha como nunca... para esto!

LAURENCIO.—¡Habla!

AMADA.—No me mires con esos ojos de asesino; sé que no me matas. ¡Quisiera ser culpable un segundo siquiera, por el placer de ver en ellos la llama de un amor capaz de matarme!

LAURENCIO.—¿Qué dices?

AMADA.—Pero no la veré, no la veré; no tiemblo. Porque no tengo culpa, y porque, para matar, hay que querer mucho. Ese hombre... ese amigo a quien tú has traído a esta casa, se ha prendado de mí; se ha prendado de mí, empujado por tu liviandad, por la dejación que ha visto que haces constantemente de tu esposa. ¡Oh, si yo no fuera quien soy! ¿Cómo, tan débil, conservé esta firmeza? Esta tarde, despidiéndome de Tulio, lo acusé entre bromas y veras de que tenía una amante; y estalló su cólera, y tras ella vino la verdad.

LAURENCIO.—¿Qué verdad?

AMADA.—¡La que tú me ocultas, infame! ¡Que la amante es tuya!

LAURENCIO.—¿Mía?

AMADA.—¡Tuya, sí! ¡Y para enterarme de todo ¡de todo! iba yo a ir a casa de esa amiga! ¡Traidor! ¡Más que traidor! ¡Iba por cariño tuyo... y todavía me acusas! (*Llora.*)

LAURENCIO.—Pero ¿cómo ha podido decirte ese hombre...?

AMADA.—¿Qué?

LAURENCIO.—¡Semejante invención!

AMADA.—(*Con dolor, dignamente.*) Laurencio: te he creído siempre; me has engañado a tu placer, valido de mi amor, de mi credulidad. ¡No pretendas engañarme ahora, confesándome una verdad amañada a tu gusto! ¡Piensa que la mitad de la verdad es mayor mentira que un engaño completo! Estamos en un punto de nuestra vida en que sólo la sinceridad de los dos puede sacar a flote la única ventura. Mira lo que haces de ella.

LAUREMCIO.—Amada...

AMADA.—Yo, hasta ahora, soy capaz del perdón; pero ya no sería capaz de seguir viviendo traicionada.

LAURENCIO.—(*Acogiéndose a tanta nobleza.*) Pues si aun eres capaz de perdonar, ¡perdóname!

AMADA.—¡Laurencio!

LAURENCIO.—¡Sí! ¡Cuanto te hayan contado y puepuedan contarte de mi vida, es cierto!

AMADA.—¡Laurencio! (*Tras un hondo sollozo, rompe a llorar desoladamente.*

LAURENCIO.—¡No llores! Pero ¿cómo no has de llorar? ¡Llora, llora! ¡Un perdón tan generoso no se da sin lágrimas! ¡Insensato de mí, que a cada paso me he jugado tu corazón como a un azar! Sabía cuánto valía, pero he necesitado de esta experiencia en riesgo de perderlo. Yo te juro que todos mis desvíos, que todas mis traiciones han sufrido su justo castigo en un segundo. ¡Todos! ¡En un segundo!

¡Cuando te vi bajar y correr a esa puerta, y pensé que te aguardaban los brazos de otro hombre! (*Estremecido, horrorizado.*) ¡Oh! ¡Ni recordarlo quiero!

AMADA.—(*Abrazándolo.*) ¡Laurencio! ¡Ahora sí que eres mío!

LAURENCIO.—¡Tuyo!

AMADA.—¡Y tuya más que nunca yo! ¿Dónde están mi entereza, mi furia, mis celos?

LAURENCIO.—¡Vencidos en mis brazos!

AMADA.—¡Y así quiero yo que siempre sea! Pero no lo olvides: soy débil, maleable; blanda cera; barro pecador... El fuerte eres tú. Moldéame a tu gusto, no me abandones a la voluntad de los demás, no se desmorone también esta última torre en que aun he sabido defenderme... Mira que la maldad es más terca que la bondad. ¡Le pido a tu amor su alianza! ¿Es mucho pedir?

LAURENCIO.—No pides más que lo que mereces; lo que te debo; lo que te juré.

AMADA.—Pedazo de tierra es mi corazón; ¡labra en ella, Laurencio, labra en ella!...

LAURENCIO.—Labraré; tú has de verlo. Te pareceré otro; el que creías que era: el que tengo que ser para ti.

AMADA.—¿Por qué ahora te oigo y ya no dudo?

LAURENCIO.—Antes de bajar tú, a solas con mis pensamientos, en un instantáneo examen de conciencia, me llamé necio si no aprovechaba las lecciones que la vida me ha venido dando. ¡Y aun me faltaba la mayor!... Seré otro, Amada; seré el tuyo. Tú lo has de ver.

AMADA.—Pena que es última, no es pena. ¿Será la última?

LAURENCIO.—¡Tú lo has de ver! En nuestro matrimonio, hoy comienza otra luna.

AMADA.—¡Hoy comienza otra luna!...

LAURENCIO.—¡Hoy nos hemos vuelto a casar!

Se abrazan. Oportunamente aparece por la puerta de la derecha Roquita.

ROQUITA.—¿Estorbo?

LAURENCIO.—¡Oh! ¡Roquita!

AMADA.—(*Muy alegre.*) ¡Roquita! (*A Laurencio.*) ¡La he invitado a cenar!

ROQUITA.—Pero este matrimonio...

LAURENCIO.—¡Este matrimonio es como muchos!

AMADA.—Riñe... y hace las paces luego.

ROQUITA.—Y ¿en qué quedamos de Pascualín, entonces?

LAURENCIO.—¡En que no se mueve de esta casa! ¿Quién piensa en otra cosa, criatura?

AMADA.—(*Transportada de dicha.*) ¡Laurencio!

ROQUITA.—¡Vaya, yo no ceno esta noche aquí!

LAURENCIO.—¿No?

AMADA.—(*Riéndose.*) ¡Qué tonta es esta sabia!

ROQUITA.—¡Ha cambiado mucho el ambiente! ¡No ceno con vosotros! ¡No ceno!

AMADA.—¡Ja, ja, ja! Pues mira, se me ocurre una idea feliz. Tulio me espera ahora mismo en casa de Enriqueta: llégate tú y dile de mi parte...

LAURENCIO.—¡Y de la mía!...

AMADA.—Que no se moleste en esperarnos más... porque nos quedamos en casa a cenar juntos.

LAURENCIO.—¡Amada!

ROQUITA.—¡Magnífico! ¡Se lo diré!

AMADA.—Y como tú eres una muchacha muy moderna, muy libre, que se ríe de todo lo que hasta aquí se han llamado conveniencias sociales, engatúsalo... ¡y que te lleve a cenar a su hotel!

ROQUITA.—¡Oh! ¡Sería un programa completo! ¡Si a ese hombre le gustase yo siquiera la mitad de lo que él me gusta...!

AMADA.—¿Qué te parece la hormiga de la Ciencia?

ROQUITA.—Pero ¿qué creéis? ¿Cómo nos juzgáis? ¡Las hormigas de la Ciencia y todas las hormigas antes que con nada sueñan con el propio hormiguero!

LAURENCIO.—Pues, nada; vas a coger en un buen momento a ese hombre. ¡Duro con él! Y vente mañana a almorzar y a despedirte de nosotros.

ROQUITA.—¿A despedirme? Pero, qué ¿os vais?
AMADA.—(*Un poco perpleja.*) ¿Nos vamos?
LAURENCIO.—Dentro de un par de días: ¡a Italia!
AMADA.—¿A Italia? ¡Laurencio!
LAURENCIO.—¡Y luego... morirnos!
AMADA.—¡Ja, ja, ja!
ROQUITA.—Vaya, vaya... ¿Viaje de recreo?
AMADA.—¡No! ¡Viaje de novios!

Mientras se abrazan, dichosos, nuevamente, Roquita se retoca el lindo rostro con una borlita, ante un espejo de su bolso.

FIN DE «BARRO PECADOR»

Reedición paulatina de números agotados

En el propósito de dar satisfacción, en forma metódica aunque lenta, al deseo formulado reiteradamente por muchísimos de nuestros lectores, de que reeditemos las obras agotadas de nuestras bibliotecas, hemos proyectado un plan de reimpresiones, que gradual y progresivamente, nos permita acceder a tan justas solicitaciones. Desde ya ofrecemos la siguiente lista de volúmenes, que se pondrá a la venta en los primeros meses del año entrante. Para su difusión y venta nos permitimos solicitar de todos, vendedores y público, el mayor interés, por cuanto no ha de ocultárseles que las reediciones ofrecen, casi con seguridad, más bien perspectivas de pérdida, que no de compensación comercial. Confiamos, pues, con el desinteresado concurso de todos nuestros amigos a fin de poder recompletar nuestras bibliotecas en la forma enunciada.

JOYAS LITERARIAS

1. SIN RUMBO, por EUGENIO CAMBACERES.
2. GERMAN Y DOROTEA, por J. W. GOETHE. BOLA DE SEBO, por GUY DE MAUPASSANT.
3. GRAZIELA, por A. DE LAMARTINE.
6. UN MUCHACHO FELIZ, B. BJORNSON.
9. EL INGENUO, por VOLTAIRE.
10. PABLO Y VIRGINIA, por BERNARDINO DE SAINT PIERRE.
38. EL CAPITAN VENENO, por PEDRO A. DE ALARCÓN.

Teatro Clásico

15. HAMLET, por William Shakespeare.
19. EL REY LEAR, por W. Shakespeare.
23. LA VIDA ES SUEÑO, por Pedro Calderón de la Barca.
24. MACBETH, por William Shakespeare.
27. UN MILAGRO EN EGIPTO, por J. Echegaray.
28. LA CIUDAD MUERTA, G. d' Annunzio.
31. EL MISTICO, por Santiago Rusiñol.

Suplemento de Joyas Literarias

1. MADAME BOVARY, por G. Flaubert.
2. LA AZUCENA ROJA, por Anatole Fance.

TEATRO CLÁSICO

NUMEROS PUBLICADOS

1. El haz de leño, por *Gaspar Núñez de Arce* (agotado).
2. O locura o santidad, por *José Echegaray* (agotado).
3. ¡Muérete y verás!..., por *Manuel Bretón de los Herreros* (agotado).
4. La conjuración de Fiesco, por *J. C. Federico Schiller* (agotado).
5. Guzmán el Bueno, por *Antonio Gil y Zárate* (agotado).
6. Un drama nuevo, por *Manuel Tamayo y Baus* (agotado).
7. El gran filón, por *Tomás Rodríguez Rubí.*
8. Edipo, por *Francisco Martínez de la Rosa* (agotado).
9. Consuelo, por *Abelardo López de Ayala* (agot.).
10. Un enemigo del pueblo, por *Enrique Ibsen* (agotado).
11. El hombre de mundo, por *Ventura de la Vega* (agotado).
12. Las alegres comadres de Windsor, por *William Shakespeare* (agotado).
13. Hernani, por *Víctor Hugo* (agotado).
14. La mojigata, por *Leandro Fernández Moratín* (agotado).
15. Hamlet, por *William Shakespeare* (agotado).
16. Padre, por *Augusto Strindberg* (agotado).
17. La comedia del amor, por *Enrique Ibsen* (agot.).
18. La escuela de los maridos, por *Molière* (agot.).
19. El rey Lear, por *William Shakespeare* (agot.).
20. Sainetes, por *Ramón de la Cruz* (agotado).

21. El gran galeoto, por *José Echegaray* (agotado).
22. El héroe y el soldado, por *G. Bernard Shaw* (agotado).
23. La vida es sueño, por *Pedro Calderón de la Barca* (agotado).
24. Mácbeth, por *William Shakespeare* (agotado).
25. En el seno de la muerte, por *José Echegaray* (agotado).
26. La fierecilla domada, por *William Shakespeare* (agotado).
27. Un milagro en Egipto, por *José Echegaray* (agotado).
28. La ciudad muerta, por *Gabriel d'Annunzio* (agotado).
29. La Intrusa. Los ciegos. Interior (La trilogía de la muerte), por *Mauricio Maeterlinck* (agotado).
30. Los amantes de Teruel, por *José Eugenio Hartzenbusch* (agotado).
31. El místico, por *Santiago Rusiñol* (agotado).
32. El mercader de Venecia, por *William Shakespeare* (agotado).
33. Aurora, por *Joaquín Dicenta* (agotado).
34. La estrella de Sevilla, por *Lope de Vega* (agot.).
35. Fausto, por *Cristóbal Marlowe* (agotado).
36. Los hijos del sol, por *Máximo Gorki* (agotado).
37. El alcalde de Zalamea, por *Pedro Calderón de la Barca* (agotado).
38. Otelo, por *William Shakespeare* (agotado).
39. Tierra baja, por *Angel Guimerá* (agotado).
40. El zapatero y el rey, por *José Zorrilla* (agot.).
41. Guillermo Tell, por *Federico Schiller* (agotado).
42. La loca de la casa, por *Benito Pérez Galdós* (agotado).
43. El cardenal, por *Luis N. Parker* (agotado).
44. Casa de muñeca, por *Enrique Ibsen* (agotado).
45. Don Álvaro o la fuerza del sino, por el *Duque de Rivas* (*Angel de Saavedra*) (agotado).

46. Romeo y Julieta, por *William Shakespeare* (agotado).
47. En el puño de la espada, por *José Echegaray* (agotado).
48. Seis personajes en busca de autor, por *Luis Pirandello* (agotado).
49. El pan ajeno, por *Iván Turgueneff* (agotado).
50. Mar sin orillas, por *José Echegaray* (agotado).
51. La vida y la muerte del rey Juan, por *William Shakespeare* (agotado).
52. El honor, por *Hermán Sudermann* (agotado).
53. Doña Perfecta, por *Benito Pérez Galdós* (agot.).
54. Locura de amor, por *Manuel Tamayo y Baus* (agotado).
55. Canción de cuna, por *G. Martínez Sierra* (agotado).
56. El rey trovador, por *Eduardo Marquina* (agotado).
57. Salomé, por *Oscar Wilde* (agotado).
58. María Rosa, por *Angel Guimerá* (agotado).
59. El alcalde Ronquillo, por *José Zorrilla.*
60. Medida por medida, por *William Shakespeare.*
61. Magda, por *Hermán Sudermann.*
62. La dama del mar, por *Enrique Ibsen.*
63. El rey Galaor, por *Francisco Villaespesa.*
64. El rey sin corona, por *Saint-Georges de Bouhélier.*
65. La verdad sospechosa, por *Ruiz de Alarcón.*
66. La casa de la Troya, por *Manuel Linares Rivas* (agotado).
67. Julio César, por *William Shakespeare.*
68. La bola de nieve, por *Manuel Tamayo y Baus.*
69. Las tenazas, por *Pablo Hervieu.*
70. Los bandidos, por *Federico Schiller.*
71. Malvaloca, por *S. y J. Alvarez Quintero* (agot.).
72. El pavo real, por *Eduardo Marquina* (agot.).
73. Amar después de la muerte, por *C. de la Barca.*
74. Mancha que limpia, por *José Echegaray.*

75. El poder de las tinieblas, por *León Tolstoy.*
76. Amores y amoríos, por *S.* y *J. Alvarez Quintero* (agotado).
77. Leonarda, por *Bjornstjerne Bjornson.*
78. Gocemos, por *Leónidas Andreief.*
79. Casa con dos puertas es mala de guardar, por *Pedro Calderón de la Barca.*
80. El sí de las niñas, por *Leandro Fernández Moratín.*
81. La mala ley, por *Manuel Linares Rivas.*
82. Divorciémonos, por *Victoriano Sardou.*
83. La cena de las burlas, por *Sem Benelli.*
84. El médico de su honra, por *Pedro Calderón de la Barca.*
85. Meterse a redentor, por *Miguel Echegaray.*
86. El pájaro azul, por *Mauricio Maeterlinck.*
87. Don Juan de España, por *G. Martínez Sierra.*
88. Lo positivo, por *Manuel Tamayo y Baus.*
89. Indulgencia para todos, por *Manuel Eduardo de Gorostiza.*
90. El albergue nocturno, por *Máximo Gorki.*
91. El mayor monstruo, los celos, por *Pedro Calderón de la Barca.*
92. Los caballeros del azul, por *Galio de Arizonas.*
93. Vidas rectas, por *Marcelino Domingo.*
94. Las flores, por *S.* y *J. Alvarez Quintero.*
95. Tartufo, por *Molière* (agotado).
96. El retablo de Agrellano, por *Eduardo Marquina.*
97. La toga roja, por *Enrique Brieux*
98. Almas solitarias, por *Gerardo Hauptmann.*
99. Los tres ladrones, por *Humberto Notari.*
100. No hay burlas con el amor, por *Pedro Calderón de la Barca.*
101. En Flandes se ha puesto el sol, por *Eduardo Marquina* (agotado).
102. Ramo de locura, por *S.* y *J. Alvarez Quintero.*
103 y 104. Cyrano de Bergerac, por *E. Rostand.*

105. Lances de honor, por *Manuel Tamayo y Baus.*
106. Papá Lebonnard, por *Juan Aicard.*
107. Traidor, inconfeso y mártir, por *J. Zorrilla.*
108 y 109. El abuelo, por *Benito Pérez Galdós* (segunda edición).
110. Los galeotes, por *S.* y *J. Alvarez Quintero.*
111. La hechicera, por *Victoriano Sardou.*
112. Primavera en otoño, por *G. Martínez Sierra.*
113. El hierro, por *Gabriel d'Annunzio.*
114. Las hijas del Cid, por *Eduardo Marquina.*
115. La vida es sueño, por *Pedro Calderón de la Barca* (segunda edición) (agotado).
116. Realidad, por *Benito Pérez Galdós.*
117. El genio alegre, por *S.* y *J. Alvarez Quintero* (agotado).
118. Lorenzaccio, por *Alfredo de Musset.*
119. El Alcázar de las perlas, por *Francisco Villaespesa.*
120. El burlador de Sevilla, por *Tirso de Molina* (*Fray Gabriel Téllez*) (agotado).
121. Monna Vanna, por *Mauricio Maeterlinck.*
122. La fea, por *Santiago Rusiñol.*
123. Espectros, por *Enrique Ibsen* (agotado).
124. La jaula de la leona, por *M. Linares Rivas.*
125. La pequeña fuente, por *Roberto Bracco.*
126. Fascinación, por *Jorge Bernard Shaw*
127. El loco Dios, por *José Echegaray.*
128. Casa de los viudos, por *Jorge Bernard Shaw.*
129. La muerte civil, por *Pablo Giacometti.*
130. El vergonzoso en palacio, por *Tirso de Molina.*
131. Los caballeros, por *Aristófanes.*
132. Mariana, por *José Echegaray.*
133. Antonio y Cleopatra, por *William Shakespeare.*
134. Electra, por *Benito Pérez Galdós.*
135. Cristobalón, por *Manuel Linares Rivas;* Don Pedro Caruso, por *Roberto Bracco.*

136. El viejo y la niña, por *Leandro Fernández de Moratín.*
137. *Más allá de la muerte,* por *Jacinto Benavente* (agotado).
138. El lobo, por *Joaquín Dicenta.*
139. El sonámbulo, por *Pedro Muñoz Seca* y *Pedro Pérez Fernández.*
140. La duquesa de Padua, por *Oscar Wilde.*
141 y 142. Cyrano de Bergerac, por *Edmundo Rostand* (segunda edición).
143. Currito de la Cruz, por *A. Pérez Lugín y M. Linares Rivas* (agotado).
144. El mágico prodigioso, por *Calderón de la Barca.*
145. Una tragedia florentina, por *Oscar Wilde.* Un sol que nace y un sol que muere, por *José Echegaray.*
146. La huelga, por *John Galsworthy.*
147. Don Luis Mejía, por *E. Marquina* y *A. Hernández Catá.*
148. Fausto, por *J. W. Goethe* (número doble).
149. Los cómicos de la legua, por *Federico Oliver.*
150. La cena de los cardenales, por *Julio Dantas.* El buen policía, por *Santiago Rusiñol.*
151. Conflicto entre dos deberes, por *José Echegaray.*
152. La segunda esposa, por *Arturo Wing Pinero.*
153. El barbero de Sevilla, por *Beaumarchais.*
154. Las bodas de Fígaro, por *Beaumarchais.*
155. Los intereses creados, por *Jacinto Benavente.*
156. La ciudad alegre y confiada, por *Jacinto Benavente.*
157. La enemiga, por *Darío Nicodemi.*
158. Buena gente, por *Santiago Rusiñol* y *G. Martínez Sierra.*
159. La Gioconda, por *Gabriel d'Annunzio.*
160. Pigmalión, por *G. Bernard Shaw* (agotado).
161. La marquesa Rosalinda, por *Ramón del Valle Inclán.*

JOYAS LITERARIAS

NUMEROS PUBLICADOS

1. Sin rumbo, por *Eugenio Cambaceres* (agotado).
2. Germán y Dorotea, por *Juan Wolfgang Goethe.* Bola de sebo, por *Guy de Maupassant* (agot.).
3. Graziela, por *Alfonso de Lamartine* (agotado).
4. El sombrero de tres picos, por *P. A. de Alarcón.*
5. En la sangre, por *Eugenio Cambaceres.*
6. Un muchacho feliz, por *Bjornstjerne Bjornson* (agotado).
7. Wuata Wuara, por *Alcides Arguedas.*
8. El caso extraño del doctor Jekyll.—Los desenterradores, por *R. L. Stevenson.*
9. El ingenuo. Cómo anda el mundo. Juanico y Perico, por *F. M. Arouet Voltaire* (agotado).
10. Pablo y Virginia, por *Bernardino de Saint Pierre* (agotado).
11. Las damas verdes, por *Jorge Sand* (agotado).
12. Amo y criado, por *León Tolstoi.*—Caín y Artemio, por *Máximo Gorki* (agotado).
13. Oliesia, por *Alejandro Krupin* (agotado).
14. Las campanas, por *Carlos Dickens* (agotado).
15. Los precoces, por *Fedor Dostoiewski* (agotado).
16. El castigo del amor, por *Octavio Feuillet* (agotado).
17. La Mionnette, por *Eugenio Muller.*
18. La herencia, por *Guy de Maupassant* (agot.).
19. El enano negro, por *Walter Scott* (agotado).
20. Las Marana, por *Honorato de Balzac* (agot.).
21. El abate Constantin, por *Ludovic Halévy.*
22. El océano, por *Leónidas Andreiev* (agotado).
23. Insolación, por *Emilia Pardo Bazán.*
24. Marino Falieri, por *Ernesto T. G. Hoffmann.*

25. El título de propiedad, por *Edward Egleston.*
26. Hugo el Lobo, por *Erckmann-Chatrian.*
27. La reja, por *Salvador Rueda* (agotado).
28. La reina adúltera, por Alejandro Herculano (agotado).
29. Protasio Lucero, por *B. González Arrili.*
30. La savia, por *Alfonso Pérez Nieva* (agotado).
31 y 32. ...Y la burra en las coles, por *Mark Twain* (agotado).
33 y 34. Marianela, por *Benito Pérez Galdós* (agotado).
35, 36 y 37. Salambó, por *Gustavo Flaubert* (agotado).
38. El capitán Veneno, por *Pedro A. de Alarcón* (agotado).
39 y 40. La mujer gris, por *Hermán Sudermann* (agotado).
41. Enriqueta, por *F. Coppée.*—El huésped, por *Gracia Deledda.*
42 y 43. Pepita Jiménez, por *Juan Valera* (agot.).
44 y 45. Ramuncho, por *Pierre Loti* (agotado).
46 y 47. El académico, por *Alfonso Daudet.*
48. La amiga íntima, por *María del Pilar Sinués.*
49. Juvenilia, por *Miguel Cané* (agotado).
50. Lázaro (poema), por *Ricardo Gutiérrez.*
51. El difunto. Las singularidades de una muchachita rubia. José Mathías, por *F. Eça de Queiroz* (agotado).
52. El molino silencioso, por *Hermán Sudermann* (agotado).
53 y 54. El sabor de la tierruca, por *José María de Pereda* (agotado).
55. Arsenia Guillot, por *Próspero Merimée.*
56. Margot, por *Alfredo Musset* (agotado).
57. Dafnis y Cloe, por *Longo.*
58. Nerto, por *Federico Mistral.*
59. Camila, por *Edmundo de Amicis.*

60. La marcha nupcial, por *Bjornstjerne Bjornson* (agotado).
61. Cuentos, por *Guy de Maupassant.*
62. Historia de Manón Lescaut, por el abate *Prévost.*
63. Las bodas de Yolanda, por *Hermán Sudermann.*
64. Tradiciones peruanas, por *Ricardo Palma.*
65 y 66. Misericordia, por *Benito Pérez Galdós* (agotado).
67. Atala-René, por *F. R. Chateaubriand.*
68. La aldea de los muertos, por *Rudyard Kipling.*
69. Colomba, por *Próspero Merimée.*
70 y 71. La reliquia, por *Eça de Queiroz.*
72 y 73. Zalacaín el aventurero, por *Pío Baroja.*
74 y 75. Flor del fango, por *J. M. Vargas Vila* (agotado).
76. Los deseos de Juan Servien, por *Anatole France.*
77. Un santo. El antepasado, por *Paul Bourget.*
78. La angustia. El lector, por *Máximo Gorki.*
79 y 80. María, por *Jorge Isaacs* (agotado).
81. Poemas, por *Gaspar Núñez de Arce* (agotado).
82. Werther, por *Juan Wolfgang Goethe* (agot.).
83 y 84. Mireya, por *Federico Mistral.*
82. Cándido o el Optimismo, por *Voltaire* (agot.).
86. Fantasma de Oriente, por *Pierre Loti* (agot.).
87 y 88. El abuelo, por *Benito Pérez Galdós* (agot.).
89. Tartarín de Tarascón, por *Alfonso Daudet.*
90 y 91. Las vírgenes de las rocas, por *Gabriel d'Annunzio* (agotado).
92 y 93. El vicario de Wakefield, por *Oliverio Góldsmith.*
94. El loco, por *A. P. Checov* (agotado).
95. El hombre acosado, por *Francisco Carco.*
96. La mujer y el pelele, por *Pierre Louys.*
97. El pescador de Islandia, por *Pierre Loti* (agot.).
98. Cuentos de la Alhambra, por *Wáshington Irving.*

99 y 100. El cándido, por *Francis de Miomandre.*
101. Carmen, por *Próspero Merimée.*
102. Tres novelas ejemplares, por *Miguel de Unamuno* (agotado).
103. La pensión vitalicia, por *Luis Pirandello.*
104. La atmósfera envenenada, por *Conan Doyle.*
105. Viajes humorísticos, por *Mark Twain* (agot.).
106 y 107. Renata Mauperin, por *E. y J. de Goncourt.*
109. La hija de Creso, por *Próspero Gastanier.*
110. Yocasta, por *Anatole France* (agotado).
111. Azul..., por *Rubén Darío* (agotado).
112 y 113. Estela, por *Camilo Flammarión* (agot.).
114. Pachín González, por *J. M. Pereda.*
115. Copos de espuma, por *J. M. Vargas Vila*
116. El avaro, por *Enrique Conscience.*
117. Zanahoria, por *Julio Renard.*
118. Primer amor, por *Ivan Turguenef.*
119. El diablo cojuelo, por *Luis Vélez de Guevara.*
120. Las chicas del amigo Lefevre, por *Paul Alexis.*
121. Cuentos humorísticos, por *Mark Twain.*
122. La madre y el niño, por *Charles-Louis Philippe.*
123. Ingrid Berg, por *Selma Langelof.*
124. Tribulaciones de un joven indolente, por *R. L. Stevenson.*
125. El pope, por *Leónidas Andreiev.*
126. Batuala, por *Renato Marán.*
127. Un crimen, por *Antón Chejov.*
128. El mundo festivo, por *Luis Taboada.*
129. Aventuras del gran Sidonio y del pequeño Mederico, por *Emilio Zola.*
130. Supercheria, por *Leopoldo Alas.*
131. Así pasó el amor, por *Ivan Turguenef.*
132. La ilustre fregona, por *Miguel de Cervantes Saavedra.*
133. Almas de mujeres, por *Antonio Zozaya.*

134. Los domingos de un burgués de París, por *Guy de Maupassant.*
135. La dama que ha perdido su pintor, por *Paul Bourget.*
136. La camisa, por *Anatole France.*
137. La tragedia del Cristo, por *J. M. Vargas Vila.*
138. Los primos de Adolfo, por *Paul Bourget.*
139. Dos familias, por *María Edgeworth.*
140. Los campesinos, por *Uladislao Reymont.*
141. Eva, por *Giovanni Verga.*
142. Historia de una mentira, por *R. L. Stevenson.*
143. El posadero de aldea, por *Enrique Conscience.*
144. El mundo es redondo, por *Alfredo Panzini.*
145. La princesa Fulgor de Nieve, por *Antonio Zozaya.*
146. El gato flaco, por *Anatole France.*
147. Mi conciencia vestida de rosa, por *Guy de Chantepleure.*
148. En el mar, por *Guy de Maupassant* (agotado).
148. La mentira del padre, por *Paul Bourget.*
150. Una nihilista, por *Zofja Kowalewska.*
151 y 152. Ambiciones eclesiásticas, por *Guillermo Carleton.*
153. En la tierra de los muertos que viven, por *Prentiss Tucker.*
154. El maleficio de la u, por *Pedro de Répide.*
155. El príncipe Neklindoff, por *León Tolstoi.*
156. El mandato de una muerta, por *Emilio Zola* (agotado).
157. El idilio de Pedrín, por *Joaquín Dicenta.*
158. Historia de la vida de un buscón, por *Francisco Quevedo y Villegas.*
159. La vida de Lazarillo de Tormes, *Anónimo.*
160. Morir, por *Arturo Schnitzler.*
161. Galerna, por *Joaquín Dicenta.*
162. El libro de Pedro, por *Anatole France.*
163. El libro de Susana, por *Anatole France.*

164. El reloj, por *Ivan Turguenef.*
165. Pedro y Juan, por *Guy de Maupassant.*
166. La sombra, por *Felipe Trigo.*
167. Humos de rey, por *Ricardo León.*
168. En la estepa, por *Máximo Gorki.*
169. Crainquebille, por *Anatole France.*
170. La canóniga, por *Pío Baroja.*
171. La princesita Mary, por *Miguel Y. Lérmontof.*
172. Aventura sin par de un tal Hans Pfaall, por *Edgardo Poe.*
173. El escarabajo de oro, por *Edgardo Poe.*
174. Un viaje al país de los matreros, por *José S. Álvarez* (*Fray Mocho*).
175 y 176. Servidumbre y grandeza militar, por *Alfredo de Vigny.*
177. Los guerrilleros del Empecinado, por *Pío Baroja.*
178. Luz y tinieblas, por *Amada Blech.*
179. Un vencido, por *Jean de la Brete.*
180. El padre Sergio, por *León Tolstoy.*
181. Maese Cornelio, por *Honorato de Balzac.*
182. Una familia corsa, por *Alejandro Dumas.*
183. El hombre que lo sabía todo, por *Manuel Linares Rivas.*
184. Un pelo en el acero, por *Marcel Prevost.*
185. Bela, por *M. Y. Lérmontof.*
186. La leyenda de San Julián, por *Gustavo Flaubert.*
187 y 188. Silbidos de un vago, por *Eugenio Cambaceres.*
189. El niño que enloqueció de amor, por *Eduardo Barrios.*
190. Morriña, por *Emilia Pardo Bazán.*

Números publicados del Suplemento de "Joyas Literarias"

1. *Madame Bovary,* por *Gustavo Flaubert* (agotado).
2. *La Azucena Roja,* por *Anatole France* (agot.).
3. *El retrato de Dorian Gray,* por *Oscar Wilde* (agotado).
4. *Los dioses tienen sed,* por *Anatole France* (agot.).
5. *La de Bringas,* por *Benito Pérez Galdós* (agot.).
6. *Nita,* por *Guy de Maupassant* (agotado).
7. *El figón de la reina Patoja,* por *Anatole France* (agotado).
8. *La alegría de vivir,* por *Emilio Zola* (agotado).
9. *El maniquí de mimbre,* por *Anatole France* (agotado).
10. *El difunto Matías Pascal,* por *Luis Pirandello.*
11. *El anillo de amatista,* por *Anatole France.*
12. *La fuerza de las cosas,* por *Paul Margueritte.*
13. *El señor Bergeret en París,* por *Anatole France.*
14. *La barraca,* por *Vicente Blasco Ibáñez* (agot.).
15. *El fuego,* por *Gabriel d'Annunzio* (agotado).
16. *Pedrito,* por *Anatole France.*
17. *Entre naranjos,* por *Vicente Blasco Ibáñez* (agotado).

18 y 19. *Rojo y negro,* por *Stendhal.*

20. *César Birotteau,* por *Honorato de Balzac.*
21. *La catedral,* por *Vicente Blasco Ibañez.*
22. *El buen mozo,* por *Guy de Aaupassant.*
23. *Una vida,* por *Guy de Maupassant.*
24. *El primo Basilio,* por *Eça de Queiroz.*
25. *Madama Crisantemo,* por *Pierre Loti* (agotado).

26 y 27. *Resurrección,* por *León Tolstoy* (agotado).

28 y 29. *Germinal,* por *Emilio Zola.*

30. *La hermana San Sulpicio,* por *Armando Palacio Valdés.*
31. *Afrodita,* por *Pierre Louys.*
32. *La madre,* por *Máximo Gorki.*
33. *El santo,* por *Antonio Fogazzaro.*

IMPORTANTE

A los interesados en adquirir números atrasados de Joyas Literarias, su Suplemento y Teatro Clásico pueden solicitarlos en nuestra Administración, Billinghurst 623, Buenos Aires, si es que en los kioskos y lugares de venta no pudieran obtenerlos.

Se hace igual notificación a los vendedores que quieran satisfacer pedidos de números atrasados de algún cliente, y no pudieran servirlos por no tenerlos en su poder. La Administración se los proporcionará en la forma acostumbrada.

A los revendedores y kiosqueros de la Capital

A fin de organizar la venta de nuestras revistas Joyas Literarias y Teatro Clásico y facilitarla en forma que no nos resulte perjudicial, les advertimos que las devoluciones no serán admitidas más que hasta el penúltimo número, contando desde el del día de salida.